HISTORIA BREVIS

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El mayor conflicto bélico de la historia

JOSÉ LUIS NEILA Y MISAEL ARTURO LÓPEZ

Shackleton books

HISTORIA BREVIS

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El mayor conflicto bélico de la historia

JOSÉ LUIS NEILA Y MISAEL ARTURO LÓPEZ

Shackleton books

La Segunda Guerra Mundial

La Segunda Guerra Mundial

El mayor conflicto bélico de la historia

José Luis Neila y Misael Arturo López Zapico

Shackleton books

La Segunda Guerra Mundial

© 2019, José Luis Neila y Misael Arturo López Zapico

© 2019, de esta edición, Shackleton Books, S.L.

www.shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S.L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño de tripa y maquetación: Kira Riera

Cartografía incluida en los apéndices: Geotec

Composición ebook: Víctor Sabaté (Iglú de libros)

@ Fotografías: todas las imágenes son de dominio público a excepción de p. 20 (edición en papel), Dove [GFDL, CC-BY-SA-3.0 o CC BY-SA 2.5-2.0-1.0]/Wikimedia Commons; p. 25, Bundesarchiv,

Bild 102-09896[CC BY-SA 3.0 de]/ Wikimedia Commons; p. 29, Bundesarchiv, Bild 183-R03618 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 32, Bundesarchiv, Bild 183-T0706-501 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons y Sueddeutsche Zeitung Photo/ Alamy Stock Photo; p. 37, Bundesarchiv, Bild 102-13378 [CC BY-SA 3.0 de]/ Wikimedia Commons; p. 43, Bundesarchiv, Bild 137-049278 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons, Bundesarchiv, Bild 183-1987-0922-500 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 50, Bundesarchiv, Bild 146-1976-071-36 [CC BY-SA 3.0 de]/ Wikimedia Commons; p. 53, CORBIS; p. 78, NARA (ARC identificador 540151); p. 86, Bundesarchiv, Bild 146-1974-099-19/ Kempe [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 88, RIA Novosti archive, image #2153 / Boris Kudoyarov [CC BY-SA 3.0]/ Wikimedia Commons; p. 90, ©1941 Marvel Characters, Inc.; p. 113, RIA Novosti archive, image #44732 / Zelma / [CC-BY-SA 3.0, CC BY-SA 3.0]; p. 117, MARKA/Alamy Stock Photo, p. 127, Foto de Yevgeny Khaldei/Getty Images; p. 131, b: Army Signal Corps (Naval Historical Center Photo # SC 213700) [d.p.]/Wikimedia Commons; p. 135, No 5 Army Film & Photographic Unit, Oakes, H (Sgt) [d. p.]/Wikimedia Commons; p. 137, Bundesarchiv, B 145 Bild-P054320 / Weinrother, Carl [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 144, Bundesarchiv, Bild 183-R86965 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 157, Jack W. Aeby, July 16, 1945, [d. p.]/Wikimedia Commons. Icons by Icons8

ISBN: 978-84-17822-92-7

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Introducción

En 1933, la compañía cinematográfica RKO estrenaba en la gran pantalla King Kong, toda una metáfora de los peligros que asolaban a las sociedades del momento. La película es el relato de cómo un enorme simio, objeto de veneración y temor de los nativos en un lugar remoto y exótico, despierta la admiración y la avaricia de los exploradores blancos, quienes acabarán por capturarlo y llevarlo a Estados Unidos para exhibirlo como un trofeo de la civilización. Su inolvidable final, con King Kong encaramado en la cima del Empire State Building luchando contra los aviones, evocaba la amenaza de la barbarie, el primitivismo y la irracionalidad frente al poder, la ciencia y la racionalidad de la civilización. Aquel mismo año, Hitler llegaba al poder y no faltarían analogías con el recurso de la figura del gigantesco simio identificado con el militarismo para ilustrar el fracaso de la conferencia de desarme celebrada en Ginebra entre febrero de 1932 y octubre de 1933. Las dudas que emergían sobre las utopías y la difícil convivencia entre el individuo y la alta racionalidad del mundo moderno pueden contemplarse en las obras literarias de Vladimir Mayakovsky, Karel ˇCapek o, más adelante, del propio George Orwell, entre otros, y en cintas como Metrópolis de Fritz Lang o Tiempos modernos de Charles Chaplin. Todas ellas advertían de los excesos totalitarios que acabarían por escenificarse a escala desconocida con una gran guerra.

La Segunda Guerra Mundial clausuró un ciclo de confrontaciones bélicas de treinta años (1914-1945) que transformó, desde sus cimientos, la naturaleza del sistema internacional y la propia textura del orbe contemporáneo, enterrando bajo sus ruinas todo vestigio de aquel mundo decimonónico que se resistía a desaparecer. La guerra del Catorce, lejos de ser el conflicto llamado a acabar con todas las contiendas, terminó por establecerse como el primer peldaño de un ciclo convulso y trágico que acabó con otra conflagración de dimensiones auténticamente globales y totales.

Los estadistas y expertos que acudieron a la Conferencia de Paz de París en 1919 se mostraron incapaces de moldear un nuevo mundo con recursos para resolver los graves problemas que habían generado la guerra y la revolución de los años precedentes. Este fracaso gestó, en buena medida, las condiciones para la Segunda Guerra Mundial. Poco a poco se iría deshilachando una precaria paz cuyo andamiaje ya había comenzado a mostrar signos de derrumbe desde la Gran Depresión, que, a partir de 1929, había asolado el mundo capitalista y cuyo epicentro se localizó en Wall Street (Nueva York). La crisis de la seguridad colectiva en el curso de los años treinta y la feroz competencia por el espacio público y privado entre los proyectos sociales en liza —ya fueran el reformismo liberal corporeizado en las democracias anglosajonas o en Francia, las revoluciones de clase a tenor del triunfo de la Rusia bolchevique o las revoluciones nacionales, cuyo primer canto de cisne se entonaría con el triunfo de Mussolini tras la Marcha sobre Roma en 1922— entraron en aguda convulsión a finales de la década. La Segunda Guerra Mundial, esquiva a una cronología precisa, esparció sus antecedentes en teatros muy lejanos pero interdependientes, como mostraría el decurso de la guerra civil española en 1936 y la guerra chino-japonesa en 1937.

El fracaso de la política de apaciguamiento se hizo patente cuando los tanques alemanes penetraron en Polonia el 1 de septiembre de 1939. El mundo entraba en guerra y lo hacía a una escala y con una rotundidad desconocidas en la historia, como bien se retrata y analiza en los capítulos centrales de esta obra. La caída de Varsovia y la intervención soviética en Finlandia dieron paso a esa suerte de guerra simulada que se transformó en verdadero conflicto mundial cuando el relámpago alemán cayó sobre el frente occidental. Tras la derrota de Francia, Gran Bretaña se quedó sola ante Alemania y al amparo de la neutralidad benévola estadounidense, que se había erigido en el «arsenal de la democracia» y cuyo compromiso adquirido en la Carta del Atlántico de agosto de 1941 aún quedaba lejos de las aspiraciones británicas por lograr su plena incorporación al esfuerzo bélico. Contra todo pronóstico, el nazismo

no pudo apoderarse de las Islas y el choque de los germanos con su enemigo natural, la Unión Soviética, no se pospuso más. A partir de ahí, la historia es bien conocida: las penalidades de mantener dos frentes abiertos, el ataque nipón a Pearl Harbor, la entrada de Estados Unidos en la guerra, la llegada de la lucha a nuevos escenarios, el reflujo a partir de 1942 y la derrota del Eje.

En la presente obra se ha procurado combinar en la medida de lo posible la descripción de las principales batallas que marcaron el conflicto con el análisis de las decisiones adoptadas y, ante todo, con la visión crítica que nos aporta el estudio de los acontecimientos mediante el desapasionamiento que facilita el método histórico. De esta forma, se introduce, por ejemplo, el debate sobre hasta qué punto el curso del conflicto estuvo condicionado por la gestión de los recursos y la imposición de determinados modelos económicos. A ello ha de sumarse la relectura acerca del impacto que tuvo en la sociedad la degradación humana que permitió horrores como el holocausto. Una masa social, hiperestimulada por los efectos de la Gran Guerra en el inconsciente colectivo, se lanzó de lleno a los brazos de la propaganda en un proceso de brutalización y alienación nunca visto hasta la fecha.

Y sin embargo, pese al total cuestionamiento de la propia condición humana, esta se resistió a ceder a los designios mecánicos de las maquinarias de la convicción. El resultado del conflicto fue definitivamente el triunfo de la voluntad. Pero no aquel preconizado por la cineasta Leni Riefenstahl en su película propagandística del nazismo estrenada en 1935. En 1945 se alcanzó el triunfo de la voluntad humana de resistirse a la opresión y defender la libertad. Un hecho aún más claro si pensamos en lo que sucedió con la música durante esos años. Desde la retaguardia se intentaron propagar composiciones musicales que elevaran la moral de las tropas. Composiciones con mucho mensaje pero sin alma. Unas creaciones artificiales que nunca llegaron a calar y sobre las que se impusieron las tradicionales canciones de amor, mucho menos ricas en contenido pero más necesarias que nunca. Una

buena muestra de cómo el horror no pudo cegar completamente los misterios que esconden los sentimientos del ser humano.

La guerra incubó, en fin, las expectativas del amanecer de un nuevo orden, explorado por ambos bandos y que, a medida que el conflicto se decantó del lado aliado, fue eclosionando en los planes, las discusiones y las tramas de intereses de la coalición de las Naciones Unidas. La tarea de la paz y la reconstrucción era ciclópea, como se advierte en el último capítulo del libro, pero, al igual que sucediera tras la Gran Guerra, no se ganó la paz sino que las disputas latentes en el seno de la coalición aliada desembocaron en un nuevo mapa, en una cartografía inédita, la de la Guerra Fría.

El colapso de los acuerdos de Versalles

~ 1919-verano de 1939 ~

La convulsión de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) transformó de forma definitiva la fisionomía de la sociedad internacional, acelerando como veremos una serie de procesos y síntomas, la mayor parte de ellos en marcha desde la centuria anterior. Los treinta años que mediaron entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el final de la Segunda (1914-1945) reconfigurarían por entero la naturaleza de la contemporaneidad. El historiador Eric Hobsbawm, en su aproximación al siglo xx, afirmaba:

Para quienes se habían hecho adultos antes de 1914, el contraste era tan brutal que muchos de ellos [...] rechazaban cualquier continuidad con el pasado. «Paz» significaba «antes de 1914», y cuanto venía después de esa fecha no merecía ese nombre. Esta actitud era comprensible, ya que para entonces [1914] hacía un siglo que no se había registrado una guerra importante, es decir, una guerra en la que hubieran participado todas las grandes potencias, o la mayor parte de ellas.

Otro historiador, Arno J. Mayer, en su celebrada tesis sobre la pervivencia del Antiguo Régimen, había valorado en los siguientes términos el período:

La Gran Guerra fue más una expresión de la decadencia y caída de un antiguo orden que luchaba por prolongar su vida, que de la ascensión explosiva de un capitalismo industrial empeñado en imponer su primacía. Al final, a partir de 1917, en toda Europa las tensiones de una guerra prolongada conmovieron y agrietaron los

cimientos del antiguo orden asediado que la había incubado. Y aun así, salvo en Rusia [...], a partir de 1918-1919, las fuerzas de la perseverancia se recuperaron lo suficiente como para agravar la crisis general de Europa, patrocinar el fascismo y contribuir a la reanudación de la guerra total en 1939.

La contienda se había saldado con la desaparición de tres grandes imperios europeos —el Reich alemán, el Imperio austro-húngaro y el Imperio ruso— a los que habría que sumar la del Imperio otomano. Asimismo, la guerra del Catorce había supuesto para Europa una enorme tragedia demográfica, cuyas cifras superan de largo los ocho millones de muertos —en su mayor parte franceses, alemanes y rusos—, y un importante desgaste material que deterioró la solidez económica del continente y que fue acompañado de un proceso de reajuste en la economía internacional al socaire de las nuevas potencias emergentes, principalmente Estados Unidos. En términos políticos, el triunfo de las potencias democráticas y liberales en la guerra y la aureola con que se evocaron sus principios y se intentó extender aquel modelo político en el nuevo mapa europeo no podían ocultar el deterioro que estas habían sufrido a lo largo de la contienda y las dificultades a que habrían de hacer frente para asumir la normalización en la inmediata posguerra.

En aquel marco de crisis se irían promoviendo respuestas totalitarias y autoritarias de diferente signo incubadas ya durante los años de lucha. A su vez, y de forma paradójica, el nuevo reparto colonial a que dio lugar el proceso de paz, bajo la fórmula de los mandatos —territorio cedido por la Sociedad de Naciones a una potencia colonial para su administración provisional—, aumentaba las posesiones en el mundo de las potencias europeas vencedoras; sin embargo, su presencia en estas nuevas colonias sería cada vez más precaria como consecuencia del progresivo despertar de la conciencia nacional de los pueblos colonizados, a la que la guerra mundial no había sido en absoluto ajena. La guerra, por último, generalizó una conciencia de crisis sobre los cimientos de la civilización europea que quedarían impresos en las más diversas

manifestaciones culturales y artísticas.

Baasismo y fascismo

El baasismo —que significa 'renacimiento' o 'resurrección' en lengua árabe— tendría sus orígenes como movimiento político en el pensamiento y la obra de Zaki al-Arsuzi y Michel Aflaq. Influido por filósofos occidentales como Georg Hegel, Friedrich Nietzsche, la obra de Oswald Spengler y el nacionalismo europeo, el filósofo y político sirio Zaki al-Arsuzi fundó en 1939 el Partido Nacional Árabe, y poco después el Partido Baaz Árabe. Por su lado, Michel Aflaq, nacido en Damasco en 1910 y cuyo interés por la ciencia política se acrisoló tras su llegada a París en 1928, donde estudió en La Sorbona y coincidió con al-Arsuzi, fundó el Movimiento de la Resurrección Árabe en 1940, luego rebautizado en 1943 como Movimiento Árabe Baaz, que pretendía unir a todos los árabes nacionalistas. El objetivo era la creación de un gran Estado árabe que eliminara las fronteras establecidas por franceses y británicos en los acuerdos de 1917.

El oportunismo y al accidentalismo político-ideológico con que actuaron muchos líderes nacionalistas en el mundo árabe-islámico en el Mediterráneo y Oriente Medio ha de interpretarse en clave antiimperialista y desde una actitud antifrancesa y antibritánica, al ser las potencias coloniales dominantes.

La influencia del nacionalsocialismo y del fascismo sobre ciertos círculos nacionalistas del mundo árabe-islámico, que debe leerse como parte de la estrategia alemana para debilitar a las grandes potencias coloniales europeas, fue un escenario más del gran tablero mundial. Desempeñaron una poderosa atracción desde mediados de los años treinta sobre estos sectores, en particular sobre el

baasismo.

Pese a que la Paz de París fuese interpretada por Alemania como una imposición —un diktat—, durante la Conferencia (1919), entre la mayor parte de las delegaciones asistentes imperó la convicción de que la paz no debía ser unilateral sino que debía gozar del consenso entre los vencedores.

El hundimiento de las potencias centrales y sus aliados, junto con la inestable situación de Rusia, permitieron a la coalición vencedora disfrutar de un amplio margen de libertad para definir las bases de la paz. Una libertad condicionada indirectamente por el hecho de que Rusia ya había firmado su propia paz con Alemania y sus aliados, en el Tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918. Y mediatizada por los famosos Catorce Puntos expuestos por el presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson en su mensaje al Senado norteamericano del 8 de enero de 1918, poco tiempo después del Informe sobre la paz expuesto por Lenin el 26 de octubre de 1917 ante el II Congreso de los Sóviets, en el que se hacía mención a conceptos que serían evocados por el presidente estadounidense, como el principio de autodeterminación o la condena de la diplomacia secreta.

Amparado bajo el frontón de la defensa de las libertades y la democracia, así como el reconocimiento del principio de autodeterminación, el mensaje de Wilson mencionaba explícitamente una serie de planteamientos generales como las virtudes de la diplomacia abierta, la libertad de los mares, la supresión de las barreras comerciales, la reducción de armamentos o la organización de la vida internacional mediante la creación de una Sociedad de Naciones.

La Conferencia de Paz de París sería el foro desde el que emergiera un orden internacional nucleado en torno a dos actores fundamentales: por un lado, los estados-nación y la nueva cartografía mundial que se forjó al amparo del principio de autodeterminación; y, por el otro, la nueva organización internacional, la Sociedad de Naciones.

De dicha conferencia emanaron cinco tratados, firmados de forma separada con cada una de las naciones vencidas (el Tratado de Versalles del 28 de junio de 1919 con Alemania, el Tratado de Saint-Germain el 10 de septiembre de 1919 con Austria, el Tratado de Trianon el 4 de junio de 1920 con Hungría, el Tratado de Neuilly el 27 de noviembre de 1919 con Bulgaria y los Tratados de Sèvres del 10 de agosto de 1920 y de Lausana el 24 de julio de 1923 con Turquía). Se acometía así el mayor reordenamiento de fronteras en el mapa de Europa desde 1815.

El nuevo orden internacional y la construcción de la paz no se redujeron tan solo a una labor cartográfica, a la discusión de propuestas específicas en materia de seguridad y a la disposición de compensaciones por los daños de guerra, sino que introducían conceptos y mecanismos innovadores en el ámbito de las relaciones internacionales, institucionalizados en la Sociedad de Naciones.

El texto del pacto, una vez aprobado por la Conferencia, constituyó la Parte I de los tratados de paz. Conformado por 26 artículos, dicho pacto era un instrumento político-jurídico muy versátil, en la medida en que se trataba, a la vez, de la ley que regía su actividad y la fuente misma de su existencia. Los signatarios se comprometían, de acuerdo con los términos del preámbulo, a aceptar ciertos compromisos de no recurrir a la guerra, a mantener a la luz del día relaciones internacionales fundadas en la justicia y el honor, a la rigurosa observancia de las prescripciones del Derecho Internacional y al escrupuloso respeto de las obligaciones contraídas en los tratados. Todo ello con el afán de «fomentar la cooperación

entre las naciones y para garantizarles la paz y la seguridad».

Mapa político de Europa en 1923, tras los tratados de Paz, con los que se acometió el mayor ordenamiento de fronteras en el continente desde 1815.

El nuevo orden internacional comenzó su andadura en una situación muy precaria, pues su fragilidad fue denunciada de inmediato tanto por observadores privilegiados del proceso, como el economista John M. Keynes en su obra Las consecuencias económicas de la paz, publicada en Londres en 1919, como por testigos directos de aquellos acontecimientos, como el mariscal francés Ferdinand Foch, quien se refería al Tratado de Versalles en

los siguientes términos: «Esto no es una paz; es un armisticio de veinte años»; o como el diplomático británico Harold Nicholson, que retrató admirablemente el sentimiento de pesar por el resultado de la conferencia con estas palabras: «Fuimos a París confiados en que estaba a punto de establecerse el nuevo orden; salimos de allí convencidos de que el nuevo orden simplemente había empeorado el existente».

La posguerra mundial

El camino hacia la normalización tras la guerra y la construcción efectiva de la nueva sociedad internacional, desde los cimientos del orden de Versalles, estaban sometidos a fuertes tensiones generadas por las consecuencias de la guerra y la propia naturaleza de la paz. Los años posteriores a la Gran Guerra discurrieron envueltos en una atmósfera de crisis y de profunda inestabilidad: al dilatado proceso de negociación, concreción y aplicación de los tratados, fuera y dentro de Europa, se sumaban los muchos flecos pendientes en los acuerdos sobre los que concurrirían múltiples tensiones no solo entre vencedores y vencidos, sino incluso entre los vencedores, por las diferentes maneras de entender y administrar la paz.

La Sociedad de Naciones, que inició su andadura en 1920, estaba llamada, en principio, a constituirse en el foro esencial de la vida internacional y en el principal baluarte para la salvaguarda de la paz. Sin embargo, los valores y procedimientos de esta organización tuvieron que competir con la ambigüedad de sus miembros, especialmente las grandes potencias, que mientras jugaban la carta de Ginebra no tuvieron escrúpulos en recurrir de forma permanente a las prácticas diplomáticas tradicionales, lo que condicionó la actividad y la credibilidad de la organización.

En las dificultades que fueron surgiendo para la construcción de la paz, los problemas fronterizos ocuparon un lugar destacado tanto en la agenda de la Sociedad de Naciones como en la de las distintas cancillerías. Una prioridad lógica si atendemos a la magnitud de los reajustes en el mapa dentro y fuera de Europa y si consideramos la transcendencia del problema de los nacionalismos. La institución ginebrina procedió de inmediato a establecer, de acuerdo con los

tratados, la administración internacional de ciertos territorios, como el Sarre, donde se creó en 1922 una Comisión, que asumió los poderes gubernamentales, y un Consejo Consultivo; y la ciudad de Danzig, que, dotada de una Dieta y un Senado propios, tendría como principal autoridad un alto comisario. El cumplimiento de las cláusulas territoriales de los tratados fue, asimismo, fiscalizado por la Sociedad de Naciones en la organización de los mandatos, entre 1920 y 1922, en las antiguas posesiones alemanas en África y el Pacífico y en aquellos territorios árabes, dependientes del extinto Imperio otomano, que no accedieron a la independencia.

Estrechamente ligado a la cuestión de las fronteras transcurría el problema de las minorías nacionales, especialmente en Europa central y oriental, donde alemanes y húngaros, mayoritarios en el viejo orden político-territorial, pasaron a ser minorías en nuevos estados como Polonia, Yugoslavia o Checoslovaquia; y en los territorios del antiguo Imperio otomano, al suscitarse la cuestión kurda y la armenia.

Desde los mismos inicios de la Sociedad, la preocupación por perfeccionar los mecanismos y procedimientos del sistema de seguridad colectiva se manifestó como una de sus tareas prioritarias. El debate en torno a este tema transcurrió básicamente entre las tesis francesas sobre la primacía de la seguridad y, por lo tanto, la reticencia al desarme, con las que se alinearon buena parte de los estados continentales europeos —especialmente aquellos que se encontraban en la órbita de París—, y las tesis anglosajonas, reticentes a asumir más obligaciones y partidarias de la promoción del desarme, a las que se adhirieron los dominios del Imperio británico.

Además, las dificultades para la normalización económica y, en el caso de algunos países, para afrontar la reconstrucción estuvieron estrechamente ligadas a otra de las cuestiones cruciales de la posguerra: las reparaciones. Reparaciones que, en definitiva,

constituían una de las categorías de la deuda externa entre las grandes potencias tras la contienda, que se sumaban a las deudas contraídas por los aliados entre sí.

En la joven e inestable República de Weimar se practicó una política de obstrucción al cumplimiento de las cláusulas de Versalles, que en el caso de las reparaciones se concretó en una falta de colaboración y demora en los pagos, así como un aprovechamiento oportuno y estratégico de las diferencias entre los vencedores. El 12 de julio de 1922, el canciller alemán, Cuno, declaró la incapacidad de Alemania para ejecutar los pagos estipulados en concepto de reparaciones y reclamó una moratoria de seis meses. El desencuentro sobre este aspecto entre los gobiernos de Londres y París culminó el 11 de enero de 1923 con la entrada de las tropas franco-belgas en el gran centro alemán de producción de carbón, hierro y acero situado en la región del Ruhr. Los franceses pretendían recuperar así el dinero que la República de Weimar les adeudaba. Pero, ante la ocupación, las autoridades alemanas ordenaron a los obreros y a los funcionarios que ofrecieran una resistencia pasiva, mientras el gobierno francés respondía con el envío de más tropas y de obreros franceses y belgas que pusieran en marcha las cadenas de producción, con la creación de una nueva moneda y con la expulsión de 145 000 alemanes de la región.

Soldados franceses en el Ruhr durante la crisis de 1923.

Por último, en esta enumeración de los problemas de la construcción de la paz, otro de los frentes conflictivos en que se desenvolvieron las relaciones internacionales de la posguerra fue el acomodo o la fórmula de coexistencia entre la Rusia revolucionaria y el mundo capitalista tras la llegada de los bolcheviques al poder.

Al abrigo de la Sociedad de Naciones

Los años que transcurrieron entre la superación de la crisis de la inmediata posguerra y la crisis económica con que se cerrará la década de 1920 dibujaron una parábola en la que la sociedad internacional pareció caminar al abrigo de las ilusiones de Ginebra. La Sociedad de Naciones creyó encontrar un equilibrio armónico entre los intereses de los estados y los altos fines de la organización en la preservación y el estímulo de la paz. Se trató de una época en la que las relaciones internacionales se canalizaron a través del «espíritu de Ginebra», recuperando el título de la obra del ensayista suizo Robert de Traz publicada en 1929. El sustrato de fondo de la distensión fueron los esfuerzos por buscar soluciones a las cuestiones conflictivas desde actitudes posibilistas.

Tras los esfuerzos por paliar las lagunas en el sistema de seguridad colectiva que se recogían en la propuesta del Protocolo de Ginebra (1924), los primeros ministros Édouard Herriot (Francia) y Ramsay MacDonald (Gran Bretaña) vieron frustrados sus esfuerzos por cambiar el espíritu de la diplomacia europea reemplazando la coalición de vencedores por una amplia familia de naciones organizadas en torno a la institución ginebrina. Efectivamente, la victoria de los conservadores británicos en las elecciones de octubre de 1924 y la posterior desestimación de este protocolo por parte del nuevo gabinete conservador tiraba por tierra el último intento por reemplazar el tradicional sistema de política de poder por un tipo de procedimiento legal de resolución pacífica de los litigios internacionales.

Como contrapartida, el gobierno británico, actuando nuevamente como puente de mediación entre Berlín y París, insistió en

conseguir una garantía sobre la frontera del Rin. La propuesta del Secretario de Estado para Asuntos Exteriores británico Austen Chamberlain, cuyas conversaciones preliminares culminaron en la Conferencia de Locarno en octubre de 1925, tuvo una favorable acogida entre sus homólogos francés, Aristide Briand, y alemán, Gustav Stresemann.

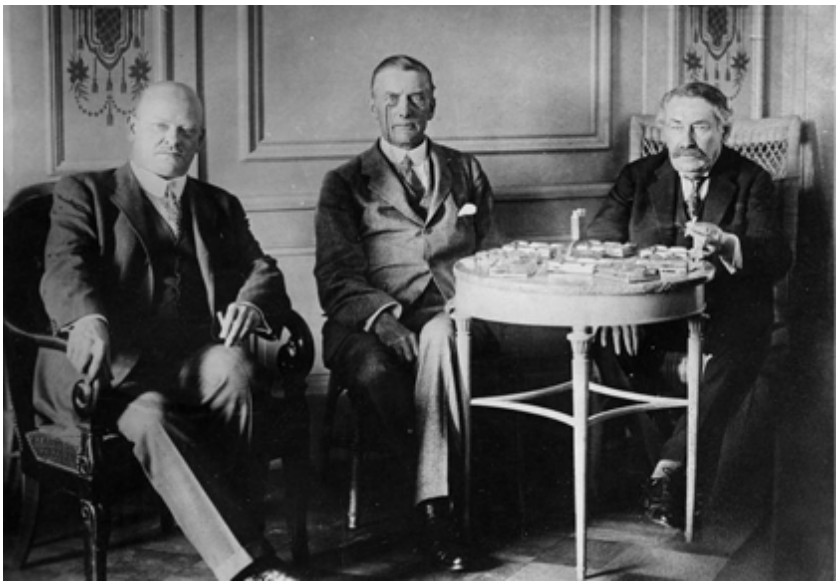
La conclusión del Pacto del Rin —el principal documento de Locarno— comprometía a los tres estados signatarios, según rezaba su preámbulo, a mantener una distensión general, a solucionar de manera clara y pacífica sus problemas económicos y políticos y a trabajar en pro del desarme dentro del marco de los dictados de la Sociedad de Naciones.

A priori, Locarno fue el salvoconducto para la reinserción de Alemania en la política internacional, sancionada tras su incorporación a la Sociedad de Naciones en 1926 como un miembro permanente del Consejo, y un paso esencial en la distensión que reinó no solo en los contactos entre Berlín y París, sino también en las relaciones internacionales a lo largo de la década.

Uno de los grandes hitos de la época en los trabajos por afianzar la paz fue, sin duda, la firma del Pacto de París o Pacto Briand-Kellogg, concretado el 27 de agosto de 1928. La propuesta del ministro francés Aristide Briand, luego reformulada por la administración estadounidense como un arreglo multilateral, codificó un pacto de renuncia a la guerra que tuvo ante todo un valor moral y fue considerado mayoritariamente como una declaración de principios más que como una obligación contractual.

En el ámbito europeo se adoptó una de las iniciativas más novedosas y sintomáticas para buscar alternativas a la crisis general que vivía Europa. Al calor de las ideas que habían abrigado la

empresa de la integración europea, entre las que destaca la obra del conde Coudenhove-Kalergi Paneuropa, publicada en 1923, Aristide Briand asumió la iniciativa de presentar en mayo de 1930 su famoso «Memorándum para la Unión Federal de Europa». El proyecto, excesivamente audaz y prematuro, no prosperó en un adverso contexto económico y en una Europa atenazada por los diversos particularismos nacionales.



Los ministros de exteriores Gustav Stresemann, J. A. Chamberlain y Aristide Briand durante la firma del Pacto de Locarno (1925).

Por último, la mejora de las expectativas económicas facilitó la búsqueda de soluciones para el problema de las reparaciones y de las deudas interaliadas. La ocupación del Ruhr, que se prolongó hasta finales de 1924, tuvo negativas repercusiones económicas para Francia y Alemania y demostró la escasa eficacia de las medidas militares como vía para solucionar el conflicto. En ese sentido, la llegada de Stresemann al gobierno fue decisiva para desbloquear la crisis.

A propuesta de Estados Unidos, el problema de las reparaciones fue examinado por una comisión de expertos en economía, encabezada por el financiero estadounidense Charles G. Dawes, que presentó un informe el 11 de mayo de 1924. El Plan Dawes, que aceptaron los aliados y Alemania, estaba basado en la capacidad real de pago de esta última: cinco anualidades por un total variable de entre 1000 y 2000 millones de marcos. Para los alemanes, era la única vía para lograr la evacuación del Ruhr y conseguir el capital necesario de Estados Unidos y Gran Bretaña con el fin de afrontar el reequipamiento industrial y el pago de las reparaciones.

A punto de expirar este plan comenzaron los trabajos para fijar una normativa y un procedimiento definitivos para el pago de las reparaciones, y Stresemann, hábilmente, puso sobre la mesa de negociaciones la contrapartida de la evacuación anticipada de Renania, ocupada desde 1918 por los aliados. Las conversaciones culminaron en el trabajo de la comisión de expertos, que, presidida por el banquero estadounidense Owen D. Young, presentó un nuevo plan el 7 de junio de 1929 que preveía el pago de una suma anual de 1900 millones de marcos oro durante un período de cincuenta y nueve años. Pero tan solo tres meses después, en un contexto económico conmocionado por el crack bursátil de octubre de 1929 y por la extensión generalizada de la crisis económica, el plan Young dejó de tener incidencia práctica, y en la Conferencia de Lausana, celebrada en junio de 1932, quedó definitivamente abandonado. Este viraje en las expectativas internacionales se fraguó de forma paulatina al abrigo de la extensión de la crisis económica y de sus efectos sobre el optimismo que en los años precedentes había calado tanto en los estados como en el propio sistema internacional.

Un marco general de crisis

Los primeros desafíos al sistema de seguridad colectiva tendrían lugar a lo largo de la primera mitad de la década de 1930; sobrevinieron en un marco general de crisis. En primer término, la económica, que inició su andadura el 24 de octubre de 1929 con el crac bursátil de Nueva York y se propagó por la economía europea con toda su virulencia a partir de 1931, actuando como detonador de una crisis generalizada cuya naturaleza ya había sido percibida por los europeos durante la Gran Guerra. En paralelo, el plan de reparaciones, como ya se ha visto, naufragó del mismo modo en que lo harían las recomendaciones liberalizadoras y de cooperación multilateral en la Conferencia Económica Mundial de Londres, celebrada en junio de 1933.

En segundo término, la crisis económica incidió directamente en la crisis política de las democracias en los años treinta, momento en el que se agravó el desequilibrio entre las democracias, profundamente pacíficas, y los regímenes de corte totalitario y autoritario, partidarios de modificar el statu quo vigente en favor de sus intereses nacionales.

La crisis general que sacudió Europa durante la primera mitad de la década de 1930 tuvo diferentes caras, entre las que destacan la económica y la política. En la imagen superior derecha, reparto de alimentos a desempleados en el Berlín de 1931. A la izquierda, Benito Mussolini durante un discurso en Milán en 1930, ya como primer ministro del Reino de Italia.

En tercer lugar, el sentimiento general de crisis se acabaría filtrando en la propia Sociedad de Naciones. El visible y creciente deterioro del «espíritu de Ginebra» acabó por activar de manera generalizada el recurso a las formas diplomáticas tradicionales tanto en las grandes como en las pequeñas potencias, que, aun manteniendo las formalidades respecto a la legalidad de Ginebra, evidenciaban una quiebra en la credibilidad del organismo internacional. En suma, se había producido una bipolarización sin duda permeable a la dialéctica fascismo-antifascismo, escenificada en la marea revisionista de las potencias fascistas y la contención de las potencias democráticas. Al polo de estas últimas se aproximó coyunturalmente la Unión Soviética a través de la formulación de la estrategia frentepopulista y la defensa de la tesis del «comunismo en

un solo país».

A lo largo de este período, y a diferencia de cualquier otro momento precedente, los desafíos revisionistas a la Sociedad de Naciones y al orden de Versalles serían acometidos por grandes potencias: una asiática, Japón, y dos europeas, Alemania e Italia.

El primer capítulo de este período crítico de la Sociedad tuvo como escenario la alteración del equilibrio de fuerzas en el Lejano Oriente. La agresión japonesa, materializada en la ocupación militar de Manchuria, fue el primer gran desafío realizado por una gran potencia a los presupuestos morales y políticos del Pacto. La posición de Japón presentaba ciertas analogías con las de Alemania e Italia, en la medida en que se sentía constreñido en su postura internacional, por lo que enarboló una política nacionalista agresiva tendente a alterar en su favor el statu quo territorial en la región. El acto de fuerza de Tokio, iniciado el 18 de septiembre de 1931 y que culminaría con la creación en China del Estado títere de Manchukuo en marzo de 1932, supuso la violación del Tratado de las Nueve Potencias (1922), por el que Japón reconocía la soberanía e integridad territorial de China, así como el incumplimiento del Pacto Briand-Kellogg, por el que recordemos que los quince estados signatarios se comprometían a no usar la guerra como recurso para solucionar un conflicto. Como respuesta a estas violaciones, se emitió el informe Lytton, que sería la base de una resolución aprobada por la Asamblea de la Sociedad de Naciones el 24 de febrero de 1933, en la que no se acusaba formalmente a Japón de agresión, pero cuyos términos fueron suficientes para provocar la salida de este país del organismo.

El revisionismo alemán, a tenor de la crisis de la República de Weimar y el ascenso de las fuerzas conservadoras y ultranacionalistas, entró en una fase de agudización en sus reivindicaciones y en sus formas, con lo que adquirió un estilo más agresivo y tajante, que culminó en la política revanchista auspiciada

por Hitler una vez en el poder en 1933. Este revisionismo se orientó entonces de forma más explícita hacia la neutralización de las cláusulas militares y de seguridad, aunque las cuestiones territoriales y la preocupación por las minorías alemanas fuera de sus fronteras siempre fueron capítulos activos en la agenda de su política exterior. Tras los estériles esfuerzos de la Conferencia de Desarme que comenzó en 1932, Alemania encontró abonado el terreno para librarse de las cláusulas militares del Tratado de Versalles, y el 16 de marzo de 1935 anunció el restablecimiento del servicio militar obligatorio. La reacción de las grandes potencias europeas a las reformas alemanas no fue más allá de una tibia concertación el 11 de abril en el Frente de Stressa.

La guerra de las salamandras, de Karel Čapek

Retrato de Čapek anterior a 1936.

El intelectual, periodista y escritor checoslovaco Karel Čapek (1890-1938) escribió una ficción ucrónica bajo el título de La

guerra de las salamandras(1936), cuya ironía y denuncia, en clave liberal, hacia los graves conflictos de su tiempo ya había desarrollado en su obra de teatro R.U.R.,en la que había acuñado el término robot.

El descubrimiento de una especie de salamandras que serían objeto de manipulación e instrumentalización por parte del hombre hasta su rebelión final ilustra una brillante sátira contra los excesos del colonialismo y del imperialismo, la esclavitud, el capitalismo, el racismo, el fascismo y el nacionalismo, así como el belicismo y el militarismo. Su obra tuvo una excelente acogida en los círculos literarios de su época y fue aplaudida como una delirante e inteligente sátira contra las dictaduras que asolaban el mundo en la década de 1930.

La escalada de la política revisionista de Alemania hacia las garantías de seguridad emanadas del orden de Versalles alcanzó su momento culminante con el desmantelamiento de Locarno. El pretexto esgrimido por Hitler para liberarse de estos compromisos fue la ratificación en febrero de 1936 por la Cámara de Diputados francesa del pacto franco-soviético firmado el 2 de mayo de 1935, que cristalizaba un proceso de acercamiento entre París y Moscú ya iniciado en 1934 y uno de cuyos logros fue el ingreso de la Unión Soviética en la Sociedad de Naciones. El gobierno alemán aprovechó aquella coyuntura para anunciar el 7 de marzo de 1936 a los gobiernos belga, británico y francés que el pacto franco-soviético era incompatible con Locarno. Aquel mismo día, Alemania procedió a la remilitarización de Renania sin que mediase una respuesta de la Sociedad de Naciones.

Hitler asiste a un desfile de milicias de su partido en la Baja Sajonia en 1932. Poco más tarde, el 30 de enero de 1933 se convertiría en canciller alemán.

Roma fue el otro epicentro desde el cual se emitieron nuevas sacudidas que acabarían debilitando de forma definitiva los cimientos del edificio de Ginebra. Desde la década anterior, la diplomacia de la Italia fascista había actuado muy a menudo al margen de los canales de la Sociedad de Naciones y se había manifestado críticamente frente a los principios y mecanismos del Pacto. La política africana de Italia —que poseía las colonias de la Eritrea y la Somalia italianas y miraba con deseo a la vecina Abisinia— no solo pondría a prueba la endeble concertación con Francia y Gran Bretaña frente a la política alemana, sino también toda la credibilidad del sistema de seguridad colectiva. La crisis de Abisinia, cuyos prolegómenos se sitúan en el incidente de Ual-Ual, oasis cercano a la frontera común etíope-italiana, el 5 de diciembre de 1934, fue la prueba decisiva para el prestigio de la Sociedad de Naciones.

Gran Bretaña y —con mucho menos entusiasmo— Francia, en esta precisa coyuntura, actuaban como defensores a ultranza de los principios del Pacto, pero el realismo de su práctica diplomática, teñida con los signos ya inequívocos de la política de apaciguamiento abanderada por Londres, afluyó a través de los canales de la diplomacia tradicional, y de espaldas a Ginebra, para buscar una solución más cercana a las tesis de Roma que a las de Addis Abeba.

Las operaciones militares de los italianos comenzaron el 3 de octubre de 1935. Aquella escalada fue contestada por el Consejo con la aplicación, por primera vez en la historia de la institución, del sistema de sanciones previsto en el artículo 16 del Pacto. La esterilidad de la política sancionadora y la victoria militar italiana el 9 de mayo de 1936, sumada a la crisis vivida en Renania tras la entrada de las tropas alemanas el 7 de marzo, dilapidaron de forma definitiva el crédito de la Sociedad y la confianza en las políticas de seguridad colectiva.

La quiebra de la confianza en el organismo internacional era un hecho conscientemente asumido tanto en el ánimo de sus miembros como en el de sus detractores. Un síntoma ilustrativo del pesimismo que cundió en Ginebra fue el hecho de que en la Asamblea celebrada en julio de 1936 se inició el debate oficial sobre la reforma del Pacto y el ejercicio de autocrítica se polarizó en la crisis de la seguridad colectiva.

Los primeros signos evidentes de la parálisis definitiva de la Sociedad de Naciones se manifestaron en la inoperancia de Ginebra tanto ante la guerra civil española, a pesar de las peticiones del gobierno republicano para evitar la creciente internacionalización del conflicto iniciado el 18 de julio de 1936, como un año después en el Lejano Oriente, ante el inicio de la guerra chino-japonesa, cuando eludió su autoridad en favor de los signatarios del Tratado de las Nueve Potencias. La guerra en el Lejano Oriente enlazaría

con la guerra mundial.

Alemania desafía el orden de Versalles: del Anschluss al corredor de Danzig

A partir de 1938, en Europa, las crisis prebélicas que se sucedieron tendrían como protagonista inequívoco a la Alemania nacionalsocialista, cuya agresiva política revisionista entró en un estado de creciente efervescencia. Los pasillos del nuevo edificio de la Sociedad de Naciones habían cedido su protagonismo definitivamente a los de las cancillerías de las grandes potencias.

El «Discurso de la cuarentena» de Franklin D. Roosevelt

Los sucesos en el Lejano Oriente, con motivo del inicio de la guerra chino-japonesa el 7 de julio de 1937, influirían en el paulatino giro de la política exterior estadounidense en relación con el revisionismo de las dictaduras fascistas y la actitud ante el apaciguamiento. Así se pondría de manifiesto en el famoso «Discurso de la cuarentena», pronunciado por el presidente Roosevelt el 5 de octubre de 1937 en Chicago. En su intervención se extendía sobre el «reino del terror y de la ilegalidad internacional», como una peligrosa epidemia, de la cual no cabía imaginar que el continente americano y Estados Unidos pudieran estar a salvo. Existía «una solidaridad y una interdependencia en el mundo moderno, a la vez técnica y moralmente, que hace imposible para una nación aislarse completamente de las conmociones políticas y económicas del resto del mundo».

En el programa de acción colectiva de la «cuarentena» fue muy influyente el papel desempeñado por Sumner Welles, nombrado subsecretario de Estado en mayo de 1937. Era todo un síntoma del papel activo que iba asumiendo el presidente en la política exterior en detrimento del protagonismo del secretario de Estado, Cordell Hull. Sería Welles quien diseñara el plan del presidente, ligeramente retocado con posterioridad, a tenor del cual deberían reunirse los representantes diplomáticos del mundo y celebrar una conferencia para ponerse de acuerdo sobre ciertos principios fundamentales, como el respeto al derecho internacional, el acceso libre a las materias primas, la revisión pacífica de los acuerdos internacionales o la precisión de los derechos y deberes de los neutrales en caso de guerra. El plan atrajo las críticas internas de los aislacionistas y contó con la oposición del secretario de Estado. Finalmente, la propuesta acabaría naufragando ante el escaso interés despertado en el gabinete británico.

En el transcurso de estos meses, Hitler consumó los objetivos explicitados el 5 de noviembre de 1937, en una conferencia secreta, respecto al futuro de la población alemana en Austria y Checoslovaquia. En el primer caso, Alemania había firmado un acuerdo con Austria el 11 de julio de 1936, por el que se procedió a la normalización de sus relaciones bilaterales y se reconoció la plena soberanía de Austria, mientras que este país se reconocía como Estado alemán. Asimismo, afianzados los vínculos entre Berlín y Roma, la diplomacia alemana había sorteado uno de los mayores obstáculos para consumar sus aspiraciones unionistas, el papel de garante que Mussolini había asumido respecto a la independencia austriaca. Tras la presión de Berlín sobre el canciller austriaco Schuschnigg en febrero de 1938 para que elevase al líder del partido nacionalsocialista austriaco, Seyss-Inquart, a la cartera de Interior, Hitler decidió recurrir a la intervención armada cuando el canciller austriaco anunció, de improviso, el 9 de marzo su intención de someter el problema de la unión alemana a un plebiscito aquel mismo mes. El día 13 de marzo la unión con Alemania, el Anschluss, se convertía en una realidad con la entrada de las tropas alemanas en Viena.

El último capítulo pendiente respecto a las minorías alemanas fuera del Estado alemán se resolvió con el desmembramiento de Checoslovaquia entre los meses de septiembre de 1938 y marzo de 1939. El 24 de abril de 1938, Hitler incentivó al líder de la minoría alemana en los Sudetes, Henlein, para proceder a la elaboración de un programa más agresivo de autonomía para la población alemana, que entonces ascendía a 3 millones. Asimismo, Hitler, en un discurso en Núremberg, elevó el tono de sus reivindicaciones al plantear, previa invocación al derecho de las minorías, la anexión de los Sudetes en lugar de la autonomía.

En la fotografía de la izquierda, Hitler anuncia el Anschluss ante una multitud reunida en la Heldenplatz de Viena el 15 marzo de 1938. En la imagen de la derecha, policías alemanes y austriacos desmantelan una barrera fronteriza en 1938.

La reacción de las grandes potencias europeas occidentales se atuvo a la política de apaciguamiento. Francia, garante de la integridad checoslovaca en virtud del Tratado de 1925, orientó sus esfuerzos hacia el fortalecimiento de los lazos con la Unión Soviética. En un clima de elevada tensión, París y Londres se avinieron, en última instancia, a aceptar la sugerencia de Mussolini de realizar una Conferencia entre las cuatro grandes potencias. La reunión, celebrada en Múnich el 29 de septiembre, evitó el conflicto pero al precio de la satisfacción de las reclamaciones alemanas en detrimento de los derechos del Estado checoslovaco. El primer ministro británico Neville Chamberlain logró que el presumible golpe de fuerza del Reich fuese sustituido por un simulacro jurídico, por el que los Sudetes pasaban a obtener la soberanía alemana.

El epílogo a la crisis checoslovaca sobrevino en marzo de 1939, cuando Hitler decidió intervenir política y militarmente en el país. Aprovechando la visita del presidente checoslovaco, Hacha, a Berlín, las tropas alemanas entraron en Praga. En adelante, Eslovaquia se convirtió en un Estado independiente, mientras que el Protectorado de Bohemia quedó bajo la directa influencia alemana. Simultáneamente, Polonia ocupaba Teschen y Rumanía invadía Rutenia, con el beneplácito de Berlín.

El último capítulo en el desmantelamiento del orden de Versalles, precedido por la invasión italiana de Albania en el mes de abril, se escenificó a orillas del Báltico. La agresión contra la soberanía checoslovaca delimitó una línea divisoria en la política revisionista alemana. Ilustraba el tránsito desde la política de unificación del pueblo alemán a la política de búsqueda del espacio vital (Lebensraum). La cuestión de Danzig y la crisis polaca, en agosto de 1939, supuso, asimismo, el límite de la política de apaciguamiento. De hecho, Londres y París habían reforzado sus garantías con Polonia el 31 de marzo, y con Grecia y Rumanía el 13 de abril. A su vez, Gran Bretaña firmó con Turquía una declaración de asistencia mutua y cooperación en caso de guerra en el Mediterráneo, que

luego se completaría con la firma de una alianza entre Francia, Gran Bretaña y Turquía el 19 de octubre de 1939.

El 28 de abril, Hitler denunció en el Reichstag la declaración germano-polaca y remitió un memorándum a Polonia en el que se reivindicaba la anexión de Danzig y el establecimiento de un corredor que uniese Alemania con la ciudad, a lo largo del cual se reconociese el estatuto de extraterritorialidad.

La diplomacia alemana, entre tanto, iba ultimando su red de alianzas, concluyendo el Pacto de Acero con Austria el 22 de mayo de 1939, en virtud del cual ambas potencias se comprometían a prestarse ayuda mutua en el caso de que cualquiera de las partes se viese implicada en una guerra.

Mientras tanto se intensificaron los contactos político-diplomáticos, tanto alemanes como franco-británicos, con la Unión Soviética. A mediados de abril y a tenor de los acontecimientos recientes, París se mostraba mucho más receptivo a concretar los términos de la alianza con Moscú, por lo que el día 18 presentó una propuesta para la firma de un pacto entre Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética, que consistía en un acuerdo de asistencia mutua, una convención militar y una garantía a los Estados bálticos y del mar Negro. Sin embargo, se estaban precipitando importantes cambios en medios políticos y diplomáticos soviéticos. Efectivamente, la estrategia frentepopulista experimentaría una sustancial alteración que quedaría explicitada en el XVIII Congreso del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), celebrado el 10 de marzo de 1939. La línea de política exterior expuesta por Stalin revelaba una ruptura radical con el concepto de seguridad colectiva auspiciado en el anterior Congreso. Stalin fue fiel a su convencimiento de enfrentar a los capitalistas entre sí y evitar que la Unión Soviética fuese víctima de sus guerras para preservar su libertad de acción.

Aquel giro en la política exterior soviética —recuperando la estrategia de «clase contra clase»— quedó rubricado en la sustitución de Litvinov por Molotov al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores y en la posterior aceptación de la oferta alemana para la firma de un pacto de no agresión. La firma del Pacto germano-soviético, firmado por Molotov y Von Ribbentrop el 23 de agosto de 1939, incluía un protocolo secreto por el que Alemania y la Unión Soviética procedían a la división de Europa Oriental: el reparto de Polonia y la delimitación de sus esferas de interés tomando como línea divisoria la frontera septentrional de Lituania, lo que determinaba el futuro de Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania.

Primera fase de la guerra. El avance del Eje

~ Septiembre de 1939-junio de 1941 ~

El día 1 de septiembre de 1939, la periodista británica Clare Hollingworth se puso en contacto telefónico con los miembros de la embajada de su país en Varsovia para comunicarles que las tropas alemanas habían invadido Polonia. Con este anuncio, la reportera del Daily Telegraph, que se había desplazado a la zona pocos días antes y ya había denunciado la acumulación de carros de combate de la Wehrmacht en la frontera germano-polaca, lograba la que algunos calificarían como la exclusiva del siglo: la Segunda Guerra Mundial había comenzado.

El ataque alemán a Polonia, que estuvo precedido de operaciones de bandera falsa y de provocaciones por parte de los nazis en las zonas fronterizas, se produjo de madrugada y sin que mediara declaración de guerra alguna. El avance de la Wehrmacht, sustentado en las acciones acompasadas de la aviación y de las divisiones acorazadas, fue fulgurante. La aplicación de los principios de la Blitzkrieg o «guerra relámpago» desbordaron la capacidad defensiva polaca, por lo que todos los intentos por contraatacar al invasor fueron infructuosos. Tras la huida del gobierno de Polonia a la vecina Rumanía, Varsovia capituló a finales de septiembre ante la intensificación de los bombardeos —incluyendo el recurso al lanzamiento de bombas incendiarias desde aviones de transporte Junkers Ju-52— protagonizados por la Luftwaffe, liderada por Hermann Göring. El resto de las bolsas de resistencia se neutralizaron a comienzos del mes de octubre, aunque algunas guerrillas permanecieron activas hasta entrado el invierno.

Tanques alemanes cerca de la ciudad de Bydgoszcz, durante la invasión de Polonia en septiembre de 1939.

Pese a la brevedad del conflicto, la invasión dejó tras de sí un inmenso rastro de destrucción con miles de muertos y heridos. Solo en los ataques aéreos contra Varsovia se calcula que perecieron alrededor de 25 000 civiles y unos 6000 soldados. No debe olvidarse que el 17 de septiembre, mientras los alemanes hostigaban la zona occidental, se había producido, a su vez, la invasión de Polonia por parte de la Unión Soviética, como consecuencia directa del pacto alcanzado entre alemanes y soviéticos en el mes de agosto, en el que además de comprometerse a no agredirse mutuamente se fijaba el reparto de Polonia entre ambas naciones (véase el recuadro «El Pacto Molotov-Ribbentrop»). Más allá de las evidentes diferencias ideológicas que separaban a ambas potencias, en la firma de dicho acuerdo primaron los objetivos a corto plazo: por un lado, el régimen nazi necesitaba garantizar las relaciones comerciales con Rusia para evitar ser presa de un bloqueo promovido por el Reino Unido, mientras que, por otro lado, los soviéticos sostenían que, con este pacto, ganaban

tiempo para prepararse ante una eventual confrontación.

El Pacto Molotov-Ribbentrop

Este pacto de no agresión germano-soviético, que estuvo en vigor durante prácticamente dos años, es conocido como Pacto Molotov-Ribbentrop, en referencia a los respectivos ministros de Exteriores que lo rubricaron: el ruso Vyacheslav Molotov y el alemán Joachim von Ribbentrop. A pesar de que su firma se produjo en Moscú el 23 de agosto de 1939, las negociaciones habían comenzado meses antes. No obstante, no se produjeron verdaderos avances hasta que en mayo Stalin decidió prescindir del por entonces ministro de Relaciones Exteriores soviético, Laksim Litvinov, por considerarlo excesivamente inclinado hacia las democracias occidentales. Este abogaba por la necesidad de alcanzar acuerdos con Francia e Inglaterra que sirvieran para garantizar la seguridad colectiva y frenar la amenaza nacionalsocialista. Otras fuentes apuntan, no obstante, a que su origen judío fue el elemento que más pesó en su relevo. En todo caso, la llegada de Molotov a Exteriores sirvió para acelerar las conversaciones con los alemanes.

El Pacto Molotov-Ribbentrop se firmó entre la Unión Soviética de Stalin y la Alemania nazi. En la imagen, Molotov, a punto de firmar. Apoyados en la pared, Ribbentrop, con los ojos cerrados, y Stalin, sonriente.

La firma de este pacto contra natura escandalizó a la opinión pública internacional, si bien por entonces no trascendió el contenido secreto del mismo, que estipulaba la división de Polonia y el reparto de zonas de influencia y que colocaba virtualmente a Finlandia, Letonia, Lituania y Estonia bajo control soviético. La Unión Soviética negó taxativamente la existencia de estos protocolos secretos hasta 1989 y aún hoy continúa existiendo una cierta controversia al respecto entre los actuales líderes políticos rusos.

El Parlamento europeo declaró en 2008 el 23 de agosto como «Día europeo conmemorativo de las víctimas del estalinismo y del nazismo».

■

La ocupación de Polonia por los alemanes, salvando la zona reservada para la Unión Soviética según los términos secretos del pacto, dejó el camino expedito para la ubicación en el territorio de colonos nazis que sustituyeran a una población polaca tachada de inferior y débil. El odio étnico y racial se vio potenciado por la presencia en el país de más de tres millones de judíos, los cuales fueron confinados en unos guetos que anticipaban el horror por el que habría de transitar este colectivo durante el resto del conflicto bélico. Sin embargo, no puede tampoco ocultarse la lógica económica que se esconde tras estos masivos movimientos de poblaciones. Así, por ejemplo, miles de jóvenes polacos se enviaron a Alemania para ser empleados como mano de obra esclava.

Cabe recordar que la guerra suponía para Hitler un medio de obtener aquellos recursos necesarios para alimentar su proyecto maximalista y edificar un imperio llamado a durar mil años. Sentar las bases de ese Tercer Reich implicaba, pues, desarrollar una carrera armamentística que demandaba suministros y materias

primas de las que carecía Alemania. De ahí la necesidad de expandir sus territorios y de optar por una planificación económica centralizada. Dentro de esta dinámica intervencionista destaca la elaboración de planes cuatrienales en la misma línea que las iniciativas económicas soviéticas.

El primero de estos planes, preparado en septiembre de 1936, contemplaba toda una serie de desarrollos tecnológicos que permitieran producir materiales sintéticos y más duraderos a partir de los recursos minerales del subsuelo germano. Una empresa ciertamente compleja y cuyo retraso podía llegar a impedir que se cumplieran las previsiones —ya contenidas en dicho plan— de entrar en guerra en 1940. Estos obstáculos técnicos, patentes a la altura de 1937, fueron los que condujeron a Hitler a potenciar la estrategia orientada a extender el espacio vital de Alemania con la anexión de Austria y de los territorios checoslovacos. Cabe mencionar, además, como apunta el historiador económico Francisco Comín, que el nazismo era netamente antiliberal pero no anticapitalista: el régimen siguió protegiendo la propiedad privada, lo que no entraba en contradicción con las confiscaciones a judíos y a opositores, al justificarse por criterios ideológicos que simplemente implicaban un cambio de propietario. De la misma forma, la mayor intervención estatal sobre el mercado no fue incompatible con la permanencia de empresarios privados. Grandes corporaciones como Bosch, IG Farben, Krupp, Quandt (BMW), Auto Union (Audi) o Basf, entre otras, no solo mantuvieron plenamente su operatividad durante el nazismo, sino que incluso llegaron a beneficiarse de los programas de trabajo forzoso. Por otra parte, en aquellos sectores en los que por su escasa rentabilidad la iniciativa privada se mostraba reticente a colaborar en compañías mixtas —es decir, aquellas en las que la participación pública se complementaba con capital u otros activos de procedencia privada, normalmente en el sector de las infraestructuras o el transporte—, el Estado creó empresas públicas o del partido, para poder cumplir con los requisitos de la planificación.

Volviendo al escenario polaco, a las deportaciones ya mencionadas

se sumaron ejecuciones masivas realizadas al amparo de la denominada operación Tannenberg. Estas se practicaron gracias al concurso de los grupos operativos de las SS —los Einsatzgruppen— y siguiendo las órdenes de Reinhard Heydrich, para quien el internamiento y el asesinato de las élites polacas —aristócratas, periodistas, jueces, profesores, intelectuales, etcétera— resultaban justificados por la necesidad de cercenar de raíz cualquier clase de resistencia. De entre aproximadamente un total de 60 000 personas consideradas como objetivos potenciales, fueron ejecutadas unas 20 000 antes de que finalizara el año. La existencia de listados compilados por la Gestapo durante meses antes de la ocupación demuestra que, aunque las «limpiezas programadas» con quirúrgica precisión y lógica industrial comenzaron en 1942, se trataba de conductas fuertemente instaladas en la mentalidad colectiva del nazismo. Por más que continúe vivo el debate historiográfico sobre hasta qué punto los planes de Hitler habían siempre contemplado una sangrienta aniquilación de sus opositores, con especial fijación con los judíos, queda claro que el inicio de las operaciones bélicas supuso la apertura definitiva de la espita del odio no solo discursivo sino con execrables efectos prácticos.

Aquellos ciudadanos que en la partición de Polonia quedaron bajo la autoridad soviética tampoco corrieron mejor suerte. La obsesión de Stalin por evitar que pudiera existir una Polonia verdaderamente independiente favoreció los encarcelamientos y las deportaciones junto con la puesta en marcha de programas comunistas de reeducación. En la primavera de 1940 se produjo la ejecución de más de 20 000 polacos, de los que más de la mitad eran oficiales del ejército o policías. Conocida como la masacre de Katyn, al tomar el nombre de los bosques cercanos a la ciudad de Smolensk donde los nazis encontraron las primeras fosas comunes en 1943, durante años existió un feroz debate sobre la responsabilidad en la misma del alto mando de la policía nacional soviética (NKVD), Laventri Beria. La Unión Soviética siempre negó su participación en los hechos, lo que convirtió la masacre de Katyn en una herida abierta entre rusos y polacos que tendría múltiples consecuencias en el futuro.

La actuación soviética en Polonia no puede desligarse del sometimiento de los países bálticos a pactos de protección que implicaban, en la práctica, la instalación de guarniciones del Ejército Rojo en Kaunas, Tallin y Riga, y un patente proceso de «satelización», según los términos contenidos en las cláusulas secretas del Pacto Molotov-Ribbentrop. Finlandia, no obstante, declinó la petición del Kremlin, lo que provocó que el 30 de noviembre de 1939 las fuerzas soviéticas penetraran en el territorio finés. Pese a la superioridad numérica, los finlandeses pusieron al descubierto las carencias del Ejército Rojo, presentando una feroz defensa favorecida por las condiciones meteorológicas y la buena fortificación de la zona de Carelia en torno a la denominada Línea Mannerheim. Ricardo Artola, historiador responsable de una de las más completas síntesis en castellano sobre el conflicto, relaciona también las dificultades de los soviéticos con la elevada motivación de las tropas finlandesas: su independencia era muy reciente y no deseaban que fuera violentada. Además, tampoco han de minusvalorarse los efectos de las purgas de oficiales del Ejército Rojo que venían produciéndose desde 1937 y que para investigadores como Peter Whitewood revelan la debilidad y desconfianza de Stalin en su propia capacidad de mando. Finalmente, la resistencia finlandesa fue superada y el 12 de marzo de 1940 se firmó un tratado de paz en Moscú que sirvió para consolidar las posiciones militares soviéticas en el Báltico mientras Finlandia conseguía mantener una cierta independencia política.

La drôle de guerre

Mientras todos estos acontecimientos tenían lugar, cabe plantear una pregunta: ¿cuál había sido la reacción de Francia y Gran Bretaña ante el órdago polaco? Ambas naciones declararon la guerra a Alemania el 3 de septiembre de 1939, pero las consecuencias en la práctica fueron nulas. Durante más de seis meses el escenario bélico se concentró en la Europa centro-oriental y bajo protagonismo ruso y alemán frente a sus estados vecinos, ante una actitud franco-británica que estuvo caracterizada por los titubeos, el debate interno y la planificación de quiméricas operaciones que no llegaron a concretarse. No en vano se calificó a este período como drôle de guerre o phoney war —guerra de broma, falsa— para describir esa situación de baja actividad pese a la existencia de provocaciones y oportunidades para que los contendientes midieran realmente sus fuerzas.

«El arsenal de la democracia»

Franklin D. Roosevelt, en una fotografía de 1933, en su primera «Charla junto a la chimenea».

El presidente de Estados Unidos Franklin D. Roosevelt fue un gran comunicador radiofónico. En aras de trasladar su mensaje político a los ciudadanos, inauguró en marzo de 1933 las denominadas «Charlas junto a la chimenea». Estas no eran más que discursos radiados desde la Casa Blanca, pero tuvieron un gran impacto al ofrecer un canal de comunicación directo entre el alto mandatario y sus compatriotas. El 29 de diciembre de 1940, el presidente, refiriéndose a la situación de guerra mundial, sentenció en una de esas charlas: «Debemos ser el gran arsenal de la democracia». Aunque era una expresión que ya había sido utilizada en las postrimerías de la Gran Guerra para referirse al papel que había desempeñado la prensa estadounidense como faro de libertades e independencia, el concepto hizo fortuna para ilustrar la necesidad

esgrimida por Roosevelt de arrinconar definitivamente la deriva aislacionista que caracterizó a la superpotencia en el período de entreguerras y asistir a Gran Bretaña, ni que fuera con material militar, mientras aún fuera posible.

■

A su vez, las presiones aislacionistas continuaban maniatando al presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt. Con el estallido de la guerra, invocó las leyes de neutralidad que habían servido para clarificar la conducta exterior del país durante la crisis de Abisinia (1935-1936) y la guerra civil española (1936-1939). Sin embargo, en la Neutrality Act de 1937 se le había facultado a incluir una cláusula especial que permitía el comercio con los países beligerantes de todo tipo de productos, salvo armamento, siempre que el pago por los mismos fuera inmediato y el transporte no se realizara en navíos con bandera de Estados Unidos. Una fórmula comercial bautizada como cash-and-carry y que podría favorecer a británicos y franceses en el futuro conflicto ya que era prerrogativa directa del presidente el aprobar o negar el permiso para tales transacciones. Sin embargo, mientras que la vigencia de la ley era permanente, esta provisión tenía una duración de dos años y el Congreso se negó a renovarla. Hubo que esperar a noviembre de 1939 para que, tras un enconado debate, se aprobara una nueva Neutrality Act que levantaba el embargo de armas y estipulaba que todo el comercio con los beligerantes habría de formalizarse mediante la fórmula de cash-and-carry. Como sostiene el historiador George C. Herring, esta nueva legislación seguía limitando la capacidad de Roosevelt para acudir en ayuda de Gran Bretaña y Francia, al circunscribirse al ámbito comercial y no estipular un verdadero auxilio mediante el envío de tropas, pero fue un nuevo avance en la senda que llevaría a situar a Estados Unidos como el arsenal de la democracia.

A partir de abril de 1940, los aliados franco-británicos comenzaron a desperezarse. Conscientes de la importancia estratégica que había alcanzado el puerto de Narvik (Noruega) para la obtención de

mineral de hierro que tanto demandaba la industria germana, decidieron tratar de bloquear este comercio naval minando las aguas de Noruega. Sin embargo, Hitler les ganó por la mano. En una nueva operación vertiginosa, iniciada el 9 de abril, hasta ocho divisiones de la Wehrmacht se movilizaron para invadir de manera simultánea Noruega y Dinamarca, países que se habían mantenido neutrales en el conflicto. El desembarco en ciudades como Trondheim o Bergen así como en la propia Narvik estuvo, a su vez, acompañado del lanzamiento de paracaidistas, cuyo despliegue permitió un rápido control de objetivos estratégicos como puentes o campos de aviación. Ni noruegos ni daneses pudieron oponer una verdadera resistencia y, aunque la Armada Real británica fue capaz de infligir un gran daño a la Kriegsmarine —hasta la mitad de los destructores fueron echados a pique—, el saldo resultó muy negativo para los aliados. De hecho, este revés acabó precipitando la salida de Neville Chamberlain al frente del gobierno del Reino Unido y el nombramiento de Winston Churchill como nuevo primer ministro a partir del 10 de mayo de 1940; precisamente la misma fecha en que dio comienzo el ataque alemán sobre Francia.

Cabe mencionar que, mientras que el rey Hakoon VII de Noruega partió al exilio el día 7 de junio de 1940, su hermano, Cristián X, monarca de Dinamarca, optó por permanecer en el país por más que sus relaciones con Hitler no fueron excesivamente amistosas. Es innegable que los daneses disfrutaron de cierto grado de autogobierno y de unas condiciones mucho más benignas que el resto de la Europa ocupada gracias, sobre todo, a los beneficios económicos que el Reich obtenía de la elevada productividad de su ganadería. A pesar de ser gobernados durante casi un año, entre noviembre de 1942 y agosto de 1943, por el abiertamente pronazi Erik Scavenius, no es menos cierto que los daneses colaboraron de forma activa para salvar a prácticamente todos los judíos de su país. Por otro lado, en Noruega, tras diversas vicisitudes, se instaló un gobierno colaboracionista encabezado por Vidkun Quisling, que permanecería al frente de los destinos noruegos desde febrero de 1942 hasta su deposición y arresto a comienzos de mayo de 1945.

Como se ha apuntado ya, cuando aún restaban semanas para que se decidiera por completo la contienda en Escandinavia con la capitulación del Ejército noruego el 10 de junio de 1940, tras lo cual permanecieron ya solo contadas bolsas de resistencia, Hitler determinó el 10 de mayo dar luz verde a la ofensiva en el oeste del continente europeo. Esta supuso el choque entre dos conceptos bélicos completamente opuestos. Al estatismo francés, cuya mejor metáfora era la supuestamente inexpugnable línea Maginot, se contraponía la movilidad de una Wehrmacht que había hecho de la Blitzkrieg su seña de identidad. Muchas fueron las causas que sirvieron para explicar el fulminante hundimiento del frente francés, pero casi todas estaban relacionadas con la experiencia de la Gran Guerra. El recuerdo de la guerra del Catorce estaba grabado a fuego en la conciencia de los altos mandos del ejército galo, hecho que explica que el general Maurice Gamelin, comandante en jefe de las fuerzas armadas francesas, únicamente mostrara preocupación por fijar las líneas defensivas en la frontera con Bélgica, despreciando cualquier posibilidad de que el peligro nazi pudiera llegar a través de la boscosa región de las Ardenas, al ser consideradas inexpugnables por parte de los líderes militares franceses. Este estratégico error de partida no solo fue mayúsculo sino que la reacción ante el avance alemán resultó igualmente un fiasco.

La perfecta combinación entre las divisiones blindadas, los paracaidistas y los bombardeos indiscriminados —el mejor ejemplo fue lo acaecido en Rotterdam— propiciaron que el 15 de mayo Holanda firmara la rendición. El ataque sobre Bélgica fue aún más audaz y los cálculos del comandante en jefe del ejército francés Maurice Gamelin acerca de las dificultades que tendrían los alemanes para traspasar el canal Alberto, lo que ofrecería a los aliados tiempo suficiente para reagruparse, se vieron pronto desbaratados. La fortaleza de Eben-Emael fue capturada gracias al uso de planeadores, lo que, junto con la acción coordinada de las fuerzas paracaidistas que permitieron controlar los puentes que unían el canal, garantizó que las tropas alemanas abrieran brecha en las líneas defensivas de sus enemigos. Los aliados, convencidos de que el ataque se concentraría en Bélgica, decidieron movilizar a

gran parte de sus mejores efectivos hacia el norte. Una decisión fatal, como anunciábamos unos párrafos antes, ya que el inesperado avance de las divisiones Panzer a través de las Ardenas conducidas, entre otros, por brillantes estrategas como Heinz Guderian o Erwin Rommel, provocó que la trampa ideada por el aquel entonces teniente general Erich von Manstein tuviera tal éxito que incluso acabaría por superar las propias expectativas generadas por el diseño original.

La Blitzkrieg

Palabra alemana que suele traducirse al castellano como 'guerra relámpago', describe un tipo de táctica militar utilizada por el ejército nazi, la cual se fundamentaba en generar confusión o pánico en el adversario mediante la sorpresa, la velocidad y la superioridad armamentística. Se considera que el primer ensayo de la Blitzkrieg tuvo lugar en la guerra civil española, si bien fue a partir de las campañas en Polonia, Bélgica, Holanda y Francia cuando verdaderamente el mundo asistió al despliegue más completo de este modus operandi. La clave radicaba en el uso coordinado de la aviación y las fuerzas terrestres. Estas abrían una brecha en las filas enemigas gracias a la capacidad destructiva de las unidades acorazadas y motorizadas. Su objetivo era avanzar lo más rápido posible, dejando que la infantería defendiera las posiciones ante posibles contraataques y que la aviación se ocupara de eliminar el resto de los obstáculos.

El conocido como «golpe de hoz» sobre el flanco aliado tuvo un efecto catastrófico para los intereses franco-británicos, cuyas tropas se vieron sorprendidas por esta maniobra envolvente e incapaces de reaccionar. Ante tal caos, el primer ministro francés, Paul Reynaud, decidió reclamar al veterano general Maxime Weygand que

regresara de forma inmediata a Francia para sustituir a Gamelin, aunque, como se encontraba en Siria, requirió de un par de días para completar su viaje, circunstancia desfavorable en un momento tan crítico en el que cada segundo resultaba vital. Cuando se produjo el relevo, la tarde del día 19 de mayo, los nazis ya habían penetrado en la capital de Bélgica y las divisiones Panzer estaban a punto de alcanzar Amiens para hacer pronto lo propio con Boulogne y Calais.

Weygand canceló las contraofensivas y trató de recomponer el frente, pero era demasiado tarde, dado que el grueso de las tropas aliadas permanecía bloqueado en Bélgica. La retirada comenzó a vislumbrarse como la única opción para los británicos mientras que el gobierno galo era un hervidero con el mariscal Pétain —quien se había incorporado al gabinete tras retornar de su destino como embajador en la España franquista— conspirando junto con Pierre Laval para alcanzar un entendimiento con las potencias fascistas. Finalmente, el 26 de mayo se puso en marcha la Operación Dinamo, consistente en organizar una suerte de puente marítimo que sirviera para evacuar a las costas británicas a las tropas aliadas —francesas, belgas, británicas, etcétera— que se hallaban en territorio continental. Una iniciativa británica no exenta de polémica con sus aliados pese a que de entre los más de 330 000 hombres rescatados en Dunkerque más de un tercio fueron franceses. Durante ocho días, y mientras acontecía la rendición de Bélgica, la Marina Real, auxiliada por todo tipo de embarcaciones, logró una auténtica proeza gracias, también, a la orden alemana de detener el avance de sus tropas confiando en su superioridad aérea. Una controvertida decisión para la que existen múltiples hipótesis explicativas, las cuales van desde el temor infundado a un posible contraataque aliado hasta un error de cálculo de Göring, quien pensó que su Luftwaffe sería capaz de acabar por sí sola con los soldados hacinados en las playas.

El 6 de junio, la Wehrmacht reemprendió su campaña francesa en la zona del Somme y, tres días más tarde, ya habían cruzado el Sena. Ante tal demostración de fuerza, Italia declaró la guerra a los

aliados el 10 de junio, con lo que abandonaba así una postura de no beligerancia completamente engañosa toda vez que había firmado el Pacto de Acero con Alemania en mayo del año anterior. Una declaración a la que sucedió el primer fiasco militar italiano de los que estaban por llegar al ser rechazadas por los franceses las tropas alpinas que pretendían penetrar en el territorio galo desde el sur. Una ineficacia que contrastaba con la engrasada máquina de guerra nazi, que, incluso para su propia sorpresa, veía cómo sus enemigos se rendían con pasmosa facilidad ante su avance. El 14 de junio, los alemanes entraron en París y, tras la dimisión de Reynaud, el mariscal Pétain firmó el armisticio franco-germano en el mismo vagón de tren donde se había rubricado la derrota alemana en 1918.

Un acto simbólico que cerraba un círculo revisionista encarnado por un Hitler que no tardaría en pasear triunfante por los lugares más reconocibles de la capital francesa. Por su parte, la España franquista aprovechó esta situación de desconcierto para mudar de la estricta neutralidad a la no beligerancia. La casi inmediata decisión española de ocupar Tánger el mismo 14 de junio parecía anticipar que Franco había resuelto entrar en el conflicto. Sin embargo, el escaso interés que demostró Hitler en atender las peticiones territoriales del dictador en el norte de África —como quedó patente en la entrevista que ambos líderes mantuvieron en Hendaya— y la escasa aportación militar que podía ofrecer España enfriaron la cuestión. El franquismo mantuvo su alineamiento con el Eje pero sin que el compromiso llegara a formalizarse, una postura que permitió al régimen presentar un doble juego ante los aliados e incluso teorizar sobre la existencia de varios conflictos interpuestos dentro del escenario de guerra mundial, lo que explicaría que no fuera incompatible enviar tropas el frente ruso con mantener abiertas las vías comerciales con Gran Bretaña y Estados Unidos, de los que esperaba que respetaran la integridad territorial española.

Mientras Pétain daba los pasos necesarios para liquidar la Tercera República y sentaba las bases del régimen colaboracionista con sede

administrativa en la ciudad de Vichy, el general Charles De Gaulle trataba desde el exilio en Londres de mantener viva la esperanza de una Francia libre. Para la historia ha quedado su célebre alocución radiofónica a través de las ondas de la BBC del 18 de junio. Un emotivo discurso, con más repercusión a posteriori de la que tuvo en ese preciso momento, pero cuyo voluntarismo no podía evitar una realidad objetiva: Inglaterra estaba sola.

Pese a la extrema gravedad de la situación, Churchill enarboló la bandera de la resistencia y los británicos se negaron a escuchar las ofertas de entendimiento de Hitler. Ante tal negativa, el líder nazi dio luz verde a los preparativos de la denominada Operación León Marino. La invasión del territorio inglés parecía inminente, si bien, pese al triunfalismo alemán, presentaba muchas complicaciones. La más importante eran las dificultades que entrañaba un desembarco masivo en las playas meridionales británicas, lo que llevó a los germanos a declarar un bloqueo marítimo sobre la isla —apoyándose, especialmente, en las acciones de sus submarinos— y a combatir por la superioridad aérea como paso previo a cualquier ataque terrestre. Se inició así, en el verano de 1940, la que pasó a la historia como la batalla de Inglaterra.

Aunque en el mes de julio tuvieron lugar las primeras escaramuzas entre los cazas Messerschmitt de la Luftwaffe y los Spitfire de la Royal Air Force (RAF), el denominado «día del águila» —nombre en código de la ofensiva aérea nazi— no se materializó hasta el 13 de agosto. Pese a que la fuerza aérea nazi era superior en número, el Canal de la Mancha se convirtió en uno de los mejores aliados de la RAF. Los problemas de comunicaciones que sufrían los aparatos alemanes, sumados a la eficacia de la red de radares británica y la pericia de sus pilotos, hicieron el resto. Además, la decisión del comandante supremo alemán Göring de intensificar los ataques sobre las ciudades industriales británicas y los suburbios de Londres, dejando de lado los aeródromos de la RAF, fue a la postre un error estratégico.

El 7 de septiembre, la Luftwaffe puso en marcha una gran ofensiva contra Inglaterra, movilizando alrededor de un millar de aviones: era el comienzo del Blitz, una campaña masiva de bombardeos que llevó el caos y la destrucción al suelo británico (en el primero de estos ataques sobre Londres se contabilizaron hasta trescientos muertos). La capital sufriría el castigo de las bombas noche tras noche al igual que otras poblaciones industriales como, por ejemplo, el paradigmático caso de Coventry, que ha pasado a la historia como uno de los más destructivos del Blitz. Sin embargo, estos bombardeos nocturnos no fueron capaces de doblegar la moral británica y los súbditos del Imperio se afanaron día a día por tratar de volver a la normalidad entre los escombros y las ruinas. Esta tenacidad, perfectamente encarnada en la figura de Churchill, llevó a Hitler a la resignación.

La imagen del ciudadano francés llorando

La Segunda Guerra Mundial generó todo un ramillete de imágenes que han quedado grabadas a fuego en la conciencia colectiva. Sin embargo, su significado, en ocasiones, se ha mistificado. Un buen ejemplo de este tipo de adulteraciones puede ser el primer plano de un ciudadano francés que, supuestamente, no puede contener las lágrimas ante la entrada de las tropas nazis en París. La reacción de este hombre es totalmente verídica pero no tuvo lugar en la capital de Francia sino que la imagen se tomó en Marsella. El origen de la misma es una grabación filmada a mediados de febrero de 1941, en dicha ciudad, en la que se recoge el llanto de monsieur Jerôme Barzetti ante el desfile de retirada de las tropas francesas que, junto con sus enseñas militares, parten hacia África.

La imagen de este hombre, Jerôme Barzetti, llorando se convirtió en icono del orgullo francés pisoteado por los nazis.

El fotograma apareció publicado por primera vez en Time Magazine en marzo de ese mismo año y, desde entonces, fue utilizado como un icono del orgullo galo pisoteado por los nazis. Como indicador de su presencia en la cultura popular baste mencionar la recreación que se hace de la misma en la serie de dibujos animados The Simpsons, en la figura de Millhouse.

▪

La Operación León Marino quedó aplazada y, sin abandonar los bombardeos contra la población civil, los esfuerzos se concentraron en reforzar el bloqueo naval para mantener bajo control a los británicos a la espera de que el Führer se decidiera a cumplir su

sueño de atacar la Unión Soviética. El saldo de esta auténtica batalla del Atlántico comenzó siendo muy desfavorable al Reino Unido, pues causó enormes dificultades a su aprovisionamiento. A la altura de diciembre de 1940, Churchill reconocía que su país estaba cerca de no poder hacer frente a las compras de pertrechos a Estados Unidos bajo la ya referida fórmula de cash-and-carry. En este sentido, cabe recordar que el presidente estadounidense, pese a sus denodados intentos por contribuir a la resistencia británica —logrando, por ejemplo, aprobar en septiembre el acuerdo de «bases por destructores» para auxiliar a la debilitada Marina Real—, seguía maniatado por la legislación de su país. De hecho, pasarían más de ocho meses hasta que en marzo de 1941 fuera finalmente aprobada la ley de préstamo y arriendo, mediante la cual sería posible diferir el pago de las armas y pertrechos que tanta falta hacían a los aliados.

Vista de Londres tras el ataque aéreo del 29 de diciembre de 1940.

Mientras Gran Bretaña resistía los embates alemanes, la guerra se extendía por otros escenarios. El 27 de septiembre de 1940, representantes de Alemania, Italia y Japón firmaron el Pacto Tripartito, lo que dejó patente las aspiraciones globales de este nuevo Eje Berlín-Roma-Tokio. La Italia de Mussolini, después de su estrepitoso fracaso en su intento de invadir Egipto, volvió a cometer una enorme torpeza al precipitarse sobre territorio griego partiendo de sus bases en Albania. La campaña, iniciada en octubre de 1940 sin el beneplácito de Berlín, no pudo ser más desastrosa y, un mes más tarde, se acumulaban las derrotas. Los griegos, con apoyo británico, llegaron incluso a amenazar las posiciones italianas en tierras albanesas.

Fotografía de la visita de Winston Churchill a las ruinas de la catedral de Coventry, después del terrible bombardeo sufrido por la

ciudad en el mes de noviembre de 1940.

Por su parte, Japón seguía mostrando una alta belicosidad en el continente asiático. Tras haber invadido Manchuria a comienzos de la década de 1930, un sospechoso incidente con tropas chinas sirvió de excusa a los nipones para ocupar Pekín y desplazar a territorio chino un contingente de más de 100 000 soldados. Una ocupación que en diciembre de 1937 acabó desembocando en la masacre de Nankín, en la que perdieron la vida entre 100 000, según los cálculos más conservadores, y 300 000 civiles, según las autoridades chinas. Frente a estas atrocidades se alzaron los nacionalistas del Kuomintang —partido político fundado en 1912 y dirigido desde 1926 por el general Chiang Kai-shek—, junto con los comunistas liderados por Mao Zedong. El avance del ejército japonés hacia el norte iniciado en el verano de 1939 provocó la reacción soviética y los nipones fueron vencidos en la batalla de Jaljin Gol.

Esta derrota tuvo notables consecuencias para el devenir del conflicto mundial al evitar que los miembros del Eje pudieran conectar territorialmente. La firma del pacto de neutralidad soviético-nipón en abril de 1941 permitió a la Unión Soviética concentrarse en el frente occidental mientras Japón fijó sus ansias expansionistas en el sudeste asiático. Esta nueva estrategia llevó al Imperio del Sol Naciente a ocupar Indochina y a cifrar sus próximos objetivos en los territorios coloniales británicos y holandeses aprovechando la debilidad de las metrópolis. Una actitud desafiante ante la que no solo reaccionó Gran Bretaña sino también Estados Unidos, preocupado por sus intereses en el Pacífico. Los estadounidenses incrementaron los créditos que ya estaban destinando a facilitar las compras de armas por parte del gobierno chino y además fueron limitando el comercio con Japón hasta fraguar un auténtico embargo que acotaba las exportaciones de productos y materias primas de primera necesidad como el petróleo. Un proceder que lejos de amedrentar a los japonenses aumentó su dialéctica de confrontación ante la imposibilidad de resistir a este embargo y su negativa a retirarse de China.

Retornando al viejo continente, la torpeza del Duce había generado un clima de inestabilidad en los Balcanes, lo que exasperó a un Hitler plenamente conocedor de la importancia que habría de tener la región para su futura campaña en Rusia. No en vano, la diplomacia alemana trabajó para asegurar la zona propiciando que los gobiernos profascistas de Hungría, Rumanía y Eslovaquia se sumaran al Pacto Tripartito en noviembre de 1940. Bulgaria se adhirió en febrero de 1941, tras negociar con los nazis la posibilidad de aumentar sus territorios a costa de los griegos. El contraataque italiano contra las tropas helenas apoyadas por fuerzas británicas volvió a tener resultados negativos y Alemania decidió invadir de forma simultánea Grecia y Yugoslavia el 6 de abril de 1941.

Benito Mussolini y Adolf Hitler juntos durante un desfile en Múnich en 1940.

El caso yugoslavo fue especialmente llamativo, pues Dragiša Cvetković, en calidad de primer ministro del reino, había firmado el Pacto Tripartito el 25 de marzo. Sin embargo, dos días más tarde se produjo un golpe de Estado que situó en el trono a Pedro II pese a su corta edad. Existe un amplio debate historiográfico en torno a la implicación británica en el golpe. Mientras que autores como David A. T. Stafford sostienen que se trató, en esencia, de una iniciativa yugoslava, otros investigadores han intentado aportar pruebas para demostrar que el Reino Unido había promovido la conspiración. Más allá de que estos eventos hayan de analizarse en un contexto más amplio como propone la profesora Sue Onslow, quien señala las debilidades de la política británica en la zona, lo cierto es que Churchill no dudó en sacar rédito a la situación y utilizarla para reforzar la moral de los aliados. Tras exponer a Belgrado a fuertes bombardeos, las tropas nazis ocuparon la capital el 12 de abril y el reino yugoslavo quedó desmantelado. Los alemanes controlaron la mayor parte de Serbia a la par que Italia, Hungría y Bulgaria ampliaron sus fronteras al anexionar territorios del norte y el este del país. Además, se creó el Estado títere de Croacia, encabezado por el siniestro Ante Pavelić.

Grecia tampoco corrió mejor suerte y a finales del mes de abril las enseñas nazis ya ondeaban en la Acrópolis. Los aliados se refugiaron en un primer momento en Creta, pero a mediados de mayo la isla fue invadida gracias a una intrépida operación alemana en la que participaron unos 3000 paracaidistas. La Marina Real británica sufrió grandes pérdidas para lograr poner en marcha el plan de evacuación y, en su conjunto, la campaña balcánica se saldó con cerca de 90 000 prisioneros y unos 5000 muertos y heridos. Sin embargo, las elevadas bajas que tuvieron los Fallschirmjäger en la toma de Creta propiciaron que su empleo como fuerza sorpresa quedara restringido. A su vez, los aliados tomaron buena nota de los problemas que habían tenido los paracaidistas alemanes, empezando por la controvertida decisión de lanzarlos solo pertrechados con armas ligeras, en cuanto al uso de este tipo de unidades en futuros enfrentamientos.

Por tanto, a comienzos de junio de 1941, prácticamente todo el continente europeo estaba de alguna manera bajo el yugo alemán. Dado que los efectivos aliados seguían mostrando su superioridad en las aguas del Mediterráneo —la armada italiana quedó muy debilitada tras la batalla del Cabo Matapán a finales del mes de marzo—, haber concentrado sus esfuerzos en la campaña de África parecía, a priori, la decisión más lógica por parte del Eje. La llegada de Erwin Rommel al mando del Afrika Korps a Libia para socorrer a las fuerzas expedicionarias de Mussolini había cambiado el curso de la guerra. Ante la ofensiva germana, los británicos retrocedieron hasta la frontera egipcia si bien fueron capaces de retener la fortaleza de Tobruk. Con el fin de aliviar la presión sobre la plaza, los británicos contraatacaron buscando recuperar sus posiciones en la Cirenaica oriental. La campaña africana estaba supeditada a la capacidad de los contendientes para aprovisionar a las tropas, de ahí que la isla de Malta cobrara aún más importancia como enclave estratégico en el Mediterráneo. Un aumento de la presión alemana en estas coordenadas hubiera complicado mucho la resistencia aliada, pero Hitler tenía otros planes: el 22 de junio de 1941 se desencadenó finalmente la bautizada como Operación Barbarroja y la guerra entró en una nueva fase.

Equilibrio y punto de inflexión

~ Junio de 1941-enero de 1943 ~

La confrontación con los soviéticos era una idea que Hitler había engendrado en su fuero interno incluso antes de llegar al poder. El dictador sostenía que Alemania había quedado mutilada tras la Gran Guerra y reclamaba una expansión territorial hacia el este que le permitiera disponer de un verdadero espacio vital, un diseño geopolítico que chocaba frontalmente con la existencia de una Unión Soviética poderosa.

Sin embargo, más allá de esta clase de mesianismos y sin desdeñar el componente netamente anticomunista del nacionalsocialismo, también han de valorarse criterios puramente materiales. No es conveniente olvidar la importancia que para mantener el esfuerzo de guerra tenían determinadas materias primas o los combustibles estratégicos, a lo que ha de sumarse la necesidad de proveer de alimentos tanto a los ejércitos como a la población que quedaba en la retaguardia. La ocupación de Rusia, dentro de esta concepción, posibilitaría incorporar el petróleo soviético a las reservas alemanas. Más aún, como señala el historiador Antony Beevor, el secretario de Estado del Ministerio de alimentación y agricultura Herbert Backe llegó a diseñar un plan que implicaba el control del suelo agrícola ruso y su explotación mediante trabajo compulsivo u obligatorio junto con la incautación de todos los suministros alimentarios. El programa tenía un doble objetivo, pues no solo se obtendrían recursos, sino que se generaría una hambruna —no en vano se denominó «hungerplan» (‘plan del hambre’)— que podría conducir a la muerte a millones de soviéticos. Una siniestra estrategia que define hasta qué punto se trató de un conflicto concebido como guerra de aniquilación en la que los escrúpulos parecían no tener cabida.

Analizado con la privilegiada perspectiva de aquel que conoce el resultado de los acontecimientos, resulta evidente que la decisión de atacar a la Unión Soviética fue un error. No obstante, ha de tenerse en cuenta que Hitler consideraba que el Ejército Rojo no iba a estar a la altura de la Wehrmacht, más aún si se tiene en cuenta la poca eficacia que había demostrado durante la reciente campaña contra Finlandia, como se ha señalado en el anterior capítulo. El Führer auguraba, por tanto, una endeble resistencia que propiciaría que la Operación Barbarroja no se extendiera más allá de varias semanas. A la postre, pese a los éxitos iniciales y a la gran cantidad de enemigos capturados que parecían presagiar un nuevo paseo triunfal germano, todos estos cálculos se demostraron equivocados. Como en su momento ya había advertido el canciller de hierro, Otto von Bismarck (1815-1898), la apertura de dos frentes era algo que Alemania no podía sobrellevar.

Arranca la Operación Barbarroja

El 22 de junio de 1941, hasta un total de ciento cuarenta y seis divisiones —más de tres cuartos de todos los efectivos alemanes— se movilizaron para penetrar en territorio soviético. A los más de tres millones de hombres encuadrados en la Wehrmacht deben añadirse los miles de soldados de múltiples nacionalidades —finlandeses, rumanos, húngaros, italianos y más tarde incluso españoles, estos últimos como parte de la División Azul— que se sumaron a la campaña contra el comunismo. Un despliegue sin precedentes dispuesto en tres líneas de ataque: por el norte, el ejército liderado por el mariscal Wilhelm von Leeb marchó sobre Leningrado; en el centro, las tropas de Fedor von Bock pusieron rumbo a Moscú; y, por su parte, el mariscal Gerd von Rundstedt se dirigió hacia el sur con Stalingrado como objetivo. Las pérdidas que soportaron los soviéticos en los primeros días de combate fueron enormes. A pesar de su superioridad numérica en tanques y aviones, pronto quedó claro que estaba primando la calidad alemana, a lo que hay que añadir el factor sorpresa, dado que Stalin, pese a las informaciones que le llegaban, se mostraba reacio a creer que Hitler había tomado definitivamente la decisión de atacarles.

Primeras incursiones de los soldados alemanes en la Unión Soviética en junio de 1941.

El Ejército Rojo no solo estaba deficientemente equipado, sino desprevenido. La mejor muestra de ello son los más de mil cazas y bombarderos que fueron arrasados por la Luftwaffe sin que en muchos casos se produjera un verdadero enfrentamiento aéreo, pues los pilotos alemanes se limitaron a destruir los aparatos que todavía se encontraban en tierra. Los blindados avanzaban a un ritmo vertiginoso aprovechando las buenas condiciones climáticas: en julio, los nazis habían llegado a Smolensk y todo indicaba que el ejército del centro pronto acosaría Moscú. Sin embargo, la creciente oposición soviética comenzó a hacer mella. En el sur los alemanes se estaban encontrando con muchas dificultades y las atrocidades cometidas por las tropas nazis sobre la población civil y el maltrato a los prisioneros acabaron por galvanizar el sentimiento de resistencia de los rusos. La percepción de que se trataba de una confrontación en términos de todo o nada explica también el empleo por parte del Ejército Rojo de la táctica de tierra quemada, estrategia consistente en arrasar e inutilizar en la retirada todo aquello susceptible de poder ser utilizado por el enemigo.

Huida de civiles de Leningrado tras un bombardeo alemán en diciembre de 1942.

Ante la tesitura de distraer a los efectivos del ejército del centro para reforzar los flancos o progresar hacia Moscú, el Alto Mando del Ejército prefirió la primera opción. Una decisión que permitió controlar Kiev a finales de septiembre y cumplir así con la insistencia de Hitler acerca de las ventajas de apoderarse de los ricos recursos de cereal ucranianos y que supuso retrasar el inicio de la operación contra Moscú hasta el otoño. En el norte, las cosas tampoco evolucionaban favorablemente para los alemanes. El sitio de Leningrado comenzó en el mes de septiembre de 1941 y estuvo caracterizado por feroces bombardeos. Pese al constante castigo por parte de la artillería nazi, la defensa ideada por el mariscal ruso Zhukov fue capaz de resistir al asedio, que se prolongó durante más de ochocientos días, lo que provocó severas hambrunas y arrojó un saldo de más de un millón de muertos y la huida forzosa de otros tantos.

Henchido por la confianza de haberse apoderado de Kiev, el 2 de octubre Hitler ordenó que se pusiera en marcha la Operación Tifón. El avance alemán sobre Moscú comenzó con los éxitos en Viazma y de Bryansk, pero siempre a un alto coste, pues las tropas no estaban pertrechadas con equipo para el frío y a la altura de noviembre mostraban claros síntomas de agotamiento. El «camarada invierno» fue el mejor aliado de Stalin, quien además pudo apuntalar la defensa de la capital con la llegada de las divisiones provenientes de Siberia. Con unas temperaturas por debajo de los cuarenta y dos grados bajo cero, la Luftwaffe desapareció de los cielos moscovitas y el 5 de diciembre los soviéticos lanzaron una contraofensiva que detuvo el avance de los alemanes, que no pudieron hacer más que mantener sus posiciones a la espera de una mejoría del clima. La Operación Barbarroja no había cumplido las expectativas y habría de ser continuada al año siguiente pero en un contexto bélico muy diferente.

La guerra en el Pacífico

El 7 de diciembre de 1941, el Imperio japonés lanzó un ataque sorpresa a la base de Pearl Harbor, donde se hallaba fondeada la flota estadounidense. El ataque sobre Pearl Harbor fue un elemento más de un plan mucho más amplio ideado por los mandos japoneses para asegurar el perímetro comprendido entre el mar de China meridional y la sección occidental del Pacífico. Conocedor de la imposibilidad de enfrentarse de igual a igual al gigante estadounidense, el ministro de la guerra Hideki Tojo consideraba que un golpe súbito garantizaba que la capacidad de reacción de Estados Unidos y de Gran Bretaña quedara mermada, lo que ofrecería a los japoneses un margen que esperaban que fuera suficiente para llegar a alguna clase de entendimiento desde una posición ventajosa. Pero sobre todo resultaba perentorio conquistar posiciones claves en el Pacífico con el fin de garantizar los accesos al océano y restringir la capacidad operativa aliada. Así que, aprovechando el factor sorpresa, unos trescientos aviones nipones fueron capaces de infligir un severo castigo, hundiendo e inutilizando varios barcos de guerra —incluidos el USS Arizona y el USS Oklahoma—, además de destruir más de la mitad de los efectivos de la aviación allí ubicados y matar a más de 2500 personas, entre las que se contaron varias decenas de civiles. Aún hoy existe un interesante debate sobre el verdadero efecto que tuvo esta acción. Sin duda sirvió para despertar al gigante dormido y revestir al presidente Roosevelt de una legitimidad para declarar la guerra que hubiera sido más discutida en otro contexto. A su vez, ninguno de los portaaviones de la marina estadounidense resultó afectado por el ataque, dado que tanto el USS Arizona como el USS Oklahoma, anteriormente mencionados, eran acorazados. La importancia que cobraron los portaaviones en la confrontación en el Pacífico sugiere que el hundimiento de alguno de ellos hubiera supuesto un serio revés para la capacidad bélica norteamericana.

■

El Capitán América

En el año 1940, es decir, una vez iniciada la Segunda Guerra

Mundial pero con anterioridad al ataque de Pearl Harbor, el guionista Joe Simon comenzó a idear un nuevo personaje de cómic que condensara los valores estadounidenses. Tras descartar el apodo de Super American, por el exceso de este tipo de prefijo entre los personajes ficticios que poblaban el universo de la viñeta, acabó bautizándolo como Capitán América. De la mano del dibujante Jack Kirby, el superhéroe vio la luz en marzo de 1941 en una publicación de la editorial Timely, que posteriormente pasaría a ser la legendaria Marvel Comics. Steve Rogers pasaba por ser un enclenque muchacho neoyorquino deseoso de combatir frente al nazismo, que, descartado por sus carencias físicas para el servicio, acabó entrando en un programa experimental que le convierte en un supersoldado. Enfundado en un uniforme azul, blanco y rojo, en alusión a la enseña de Estados Unidos, y pertrechado únicamente con un escudo, aparecía en la portada de su primer número propinando un puñetazo al mismísimo Adolf Hitler. Toda una declaración de intenciones. Su creador, Joe Simon, nunca negó que el personaje tenía un fin político y, junto con Kirby, deseaban mostrar su rechazo al régimen nazi. Un ejemplo de cómo el cómic se convirtió también en un arma de guerra en un conflicto donde la propaganda resultó clave.

En su tentativa de construir la pomposamente denominada «esfera de coprosperidad de la Gran Asia Oriental», de forma simultánea al movimiento sobre Pearl Harbor, la Marina japonesa atacó las Filipinas, Tailandia y Malasia. El día 10 de diciembre tomaron la isla de Guam e infligieron una dolorosa derrota a los británicos, que asistieron al hundimiento de sus acorazados HMS Repulse y HMS Prince of Wales frente a las costas malayas. La eficacia de los ataques aéreos nipones les permitió dominar sin apenas resistencia los cielos del Pacífico, lo que propició que sus objetivos fueran cayendo como piezas de dominó. En el mes de diciembre claudicaron Borneo, Wake y Hong Kong. Las acometidas no perdieron ritmo y a comienzos de 1942 se produjo la invasión de Birmania y de las Indias Orientales Neerlandesas (actual Indonesia), cuyo control era vital para poder beneficiarse de las riquezas petrolíferas de la región.

El USS Arizona, abatido, tras el ataque sorpresa de la aviación japonesa a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941.

Los aliados no podían más que ir retirándose ante el empuje japonés a medida que se iban rindiendo plazas tan significativas como Manila o Singapur. La campaña sobre Filipinas, con episodios tan sangrientos como la marcha de la muerte de Bataán y la rendición final de los últimos bastiones de resistencia en la isla del Corregidor el 6 de mayo de 1942, supuso un duro golpe para el orgullo estadounidense. Tanto, que el general Douglas MacArthur, que tuvo que abandonar la isla en marzo con destino a Australia por orden expresa del presidente Roosevelt, juró retornar para limpiar esta afrenta. Esta afirmación del atrabiliario comandante supremo del área del sudoeste del Pacífico puede parecer una bravuconada anecdótica, pero no ha de minusvalorarse el componente emocional que guio alguna de las acciones más intrépidas de la Segunda

Guerra Mundial. Un buen ejemplo fue el bombardeo sobre Tokio realizado por dieciséis aparatos B-25 que partieron del portaaviones USS Hornet el 18 de abril de 1942: a pesar de que no tuviera demasiados efectos prácticos, ha de interpretarse como un golpe psicológico frente al hasta ese momento indisputado dominio japonés en el Pacífico. Que fueran requeridos los servicios del cineasta John Ford, en aquel entonces enrolado en la Marina, para documentar los preparativos del ataque demuestra a las claras la importancia propagandística otorgada a la misión.

La reacción japonesa no se hizo esperar. Emprendieron incursiones de castigo, en el marco de la denominada Operación Sei-Go, para garantizar que los aeródromos de las provincias costeras orientales de China no pudieran ser utilizados por los aliados. Solo en las represalias durante la búsqueda de los pilotos que habían participado en el bombardeo sobre Tokio fallecieron unos 10 000 civiles y se estima que más de 200 000 chinos pudieron ser asesinados en este contexto. Asimismo, una consecuencia directa de la incursión estadounidense fue la decisión del almirante Isoroku Yamamoto de atacar la isla de Midway al suponer que de allí habían partido los B-25. Sin embargo, las tornas estaban cambiando.

Los japoneses habían extendido su dominio sobre un vastísimo territorio y no tardaron en arreciar los problemas ante la necesidad de recursos que no siempre estaban disponibles. Unas dificultades que fueron estructurales durante el resto del conflicto y que se vieron agravadas por la eficacia de los submarinos estadounidenses, que hundieron muchas de las naves encargadas de suministrar combustible y pertrechos a las fuerzas niponas. Igualmente importante fue la labor de los servicios de inteligencia de Estados Unidos, que mediante el decodificador Magic fueron capaces de romper el código de las comunicaciones de su enemigo y anticiparse a sus movimientos. Así ocurrió en la batalla del mar de Coral a comienzos de mayo de 1942, cuando los aliados frustraron el ataque sobre Port Moresby, evitando que Australia pudiera quedar aislada. Aunque el peaje material que tuvieron que pagar por esta

victoria fue elevado, la Marina japonesa perdió el portaaviones Sh¯oh¯o a la par que otros de sus buques quedaron inutilizados y no pudieron participar en la crucial batalla de Midway. Esta se desarrolló entre el 4 y el 7 de junio y, nuevamente, el Magic desempeñó un papel esencial al permitir tender una trampa que acabó resultando fatal para los nipones, que sufrieron unas pérdidas de las que ya no pudieron recuperarse: no solo se hundieron cuatro portaaviones y se derribaron hasta doscientos cincuenta aparatos, sino que además fallecieron más de tres mil hombres, incluyendo parte de las mejores tripulaciones y pilotos de los que disponía el Imperio del Sol Naciente. Midway, sumada a la campaña de Guadalcanal —que comenzó en agosto de 1942 y se extendió hasta febrero de 1943—, fue un claro punto de inflexión, dado que los aliados fueron por fin capaces de recuperar la iniciativa.

De vuelta al escenario europeo, la entrada en guerra de Estados Unidos habría de tener también consecuencias en un continente que, pese a la resistencia soviética, continuaba sometido a la voluntad alemana. La más evidente era que con el nuevo contendiente la potencia económica de los aliados superaba a la del Eje. El esfuerzo bélico estadounidense parecía no tener límites. Como señala el historiador francés Pierre Melandri, entre 1941 y 1945 el gobierno federal fue capaz de elevar el gasto total hasta prácticamente el doble de lo que había sido en el siglo y medio precedente, y los récords de producción fueron pulverizados con una industria de guerra que hizo de la producción en cadena y de la eficiencia sus grandes señas de identidad. Las cifras hablan por sí mismas si se comparan con Japón, por más que resulte evidente la diferencia de tamaño entre ambas naciones: Estados Unidos fue capaz de fabricar hasta 300 000 aviones por los 68 000 aparatos nipones. Más impresionante resultó la producción naval, donde, frente a los quince portaaviones de varias clases botados por los japoneses, la flota estadounidense incorporó alrededor de un centenar de efectivos a lo largo del conflicto. Para concluir, un dato revelador es que a la altura de 1942 Estados Unidos se había convertido en una superpotencia militar de tal calibre que por sí sola producía más armamento que la suma de las potencias del Eje.

La escasez de Biblias en Estados Unidos

A lo largo de estos capítulos ha quedado patente la importancia que tuvieron los condicionantes económicos en la gestación y desarrollo del conflicto, pero ha de entenderse que estos no solo tuvieron efectos a nivel macroeconómico, sino que la vida cotidiana se vio también afectada.

En este sentido, en septiembre de 1943 la revista Time informaba sobre la escasez de Biblias que estaba afectando a los consumidores estadounidenses. La demanda se había incrementado enormemente debido a la situación de guerra y la industria no era capaz de atenderla, lo que provocó que muchos compradores no pudieran adquirir una Biblia en sus librerías habituales. Junto con la escasez de papel y de cuero, el principal problema parecía situarse en la falta de mano de obra en las encuadernadoras y los servicios de envío. Un curioso episodio que nos dirige al conocido debate sobre la necesidad de elegir entre cañones o mantequilla, dado que los recursos materiales y humanos son siempre limitados.

No son pocos los economistas que han señalado la importancia que para definir el devenir de la contienda tuvieron la organización económica y la dirección de la producción. Pese a las carencias de materias primas que padecía Alemania y que trató de paliar a partir de su expansión territorial, lo cierto es que no existía una desproporción insalvable entre ambos bandos. Como indica el historiador británico Richard Overy, el principal lastre para el Reich fue no disponer de una economía de guerra centralmente planificada en su totalidad, como la que caracterizó a los soviéticos. En el modelo comunista primaba ante todo la decisión del Estado,

cuya cúspide decidía absolutamente todos los detalles de la producción, el empleo de determinados materiales, las políticas de racionamiento, etcétera. No era el caso del nazismo, que tampoco se inclinó hacia una confianza plena en el modelo capitalista, como hicieron los estadounidenses, en el cual las empresas privadas ejercían un esencial papel para garantizar la eficiencia organizativa y productiva. El nazi era un modelo mixto en el que eran comunes los solapamientos, e incluso la rivalidad, entre los actores implicados: el gobierno, el Ejército, el capital privado, etcétera… Una indefinición en la que la burocratización del partido nazi e incluso la alta calidad del armamento germano jugaron en contra de sus intereses al penalizar a la iniciativa privada y dificultar los procesos de estandarización necesarios para alcanzar la eficiencia. El desembarco del arquitecto Albert Speer al frente del Ministerio de Armamento en febrero de 1942 pretendía corregir estas disfunciones, pero las reformas productivas no comenzaron a dar frutos hasta un año más tarde, demasiado tiempo como para haber marcado la diferencia.

A fin de complementar la imagen dibujada en los dos párrafos anteriores, es preciso advertir que la feroz resistencia del Ejército Rojo fue también esencial para que la ventaja económica adquirida por los aliados con la incorporación de Estados Unidos pudiera hacerse efectiva. La resolución de los soviéticos a la hora de destruir los recursos y fábricas que dejaban atrás se vio acompañada de un no menos notable esfuerzo productivo, coordinado a través de una férrea planificación centralizada, que permitió reconstruir su industria tras la invasión.

La contraofensiva soviética lanzada en diciembre de 1941 no había tenido los resultados esperados. A su vez, Hitler, profundamente insatisfecho por cómo había transcurrido la Operación Barbarroja, decidió destituir a los mariscales hasta ese momento al mando y tomar directamente el control de las operaciones. Una influencia que se notó en las campañas de 1942 toda vez que los alemanes volvieron a la carga, como veremos, basados en una lógica netamente economicista. Así, su prioridad fue apuntalar las

posiciones en Ucrania y avanzar hacia el Cáucaso, lo que permitiría acceder a materias primas, esencialmente los yacimientos petrolíferos de la región. Las feroces batallas de mayo y junio de 1942 en torno a la península de Kerch y la ciudad de Járkov dejaron un reguero de sangre y destrucción, con lo que parecía que la Wehrmacht había encontrado de nuevo la senda de la victoria. La derrota del ejército ruso fue de tal calado que Nikita Krushev, quien por aquel entonces ocupaba el cargo de primer secretario del Partido Comunista de Ucrania y llamado a tener gran protagonismo político décadas después, llegó incluso a temer por su integridad física tras este fracaso.

Sin embargo, Krushev no tardó en redimirse. Su oportunidad llegó con la organización de la defensa de Stalingrado, uno de los episodios más violentos de los que acontecieron en todo el conflicto y cuyo asedio comenzó en agosto de 1942. Tras incesantes bombardeos de la Luftwaffe y combates casa por casa, las tropas alemanas controlaron prácticamente la totalidad de una ciudad en ruinas. Pero los soviéticos resistieron al otro lado del Volga y, cobrando nuevamente ventaja de unas condiciones climáticas que penalizaban a los nazis, lanzaron en noviembre una contraofensiva que les permitió cercar a unos 300 000 soldados enemigos. Estas tropas, al mando del general Friedrich Paulus, tenían la orden de resistir, pero no resultaron ni el intento de romper el cerco desde el exterior ni tampoco el aprovisionamiento por parte de la aviación nazi. Su calvario concluyó el 2 de febrero de 1943. Más de un millón y medio de personas resultaron muertas o heridas durante cinco meses que convirtieron Stalingrado en uno de los mitos de la «gran guerra patria».

Sir Winston Leonard Spencer-Churchill

Nacido el 30 de noviembre de 1874 en el palacio de Blenheim

(Oxfordshire), residencia familiar de los duques de Marlborough, es posiblemente el estadista británico más famoso de todos los tiempos. Churchill fue un hombre tremendamente polifacético: tras formarse en la Academia Militar de Sandhurst, estuvo desplazado como miembro de la caballería británica en destinos tan variopintos como Cuba, India, Sudán o Sudáfrica, actuando además en alguno de ellos como periodista. Esta experiencia castrense le sirvió para forjarse un nombre e iniciar su carrera política al ser elegido como miembro de la Cámara de los Comunes en 1900. Aunque ocupó puestos de alta responsabilidad, como, por ejemplo, el cargo de Primer Lord del Almirantazgo, se ganó igualmente la reputación de hombre complicado. Durante un tiempo abandonó las filas del partido conservador para retornar a las mismas en 1924 al aceptar el nombramiento como canciller de la Hacienda. Opuesto a conceder mayores cuotas de autogobierno a la India, se mostró preclaro en la necesidad de detener la amenaza nazi. Tras la dimisión de Chamberlain, encabezó un gobierno de coalición y desempeñó el cargo de primer ministro desde mayo de 1940 hasta julio de 1945. Sus discursos, dotados de una gran elocuencia y energía, sirvieron para galvanizar la voluntad de resistencia británica durante los momentos más oscuros del conflicto. Falleció el 24 de enero de 1965 a la provecta edad de noventa años.

Si la brutalidad de Stalingrado marcó un antes y un después en el frente oriental, las incursiones alemanas en África estaban también llegando a su fin. Stalin confiaba en que sus aliados abrieran un nuevo frente que sirviera para aliviar la presión que estaba sufriendo la Unión Soviética. Sin embargo, Churchill y Roosevelt diferían en cuál era la estrategia más conveniente. El presidente estadounidense había asegurado a los soviéticos que la apertura del nuevo frente se produciría en 1942, siguiendo, en esencia, los principios marcados por el Estado Mayor Conjunto, que llevaba tiempo señalando el canal de la Mancha como el punto idóneo para desencadenar el ataque. Las dudas británicas, motivadas por la negativa experiencia de Dunkerque y la desconfianza ante unos cálculos excesivamente optimistas, impidieron que se concretaran entonces las diversas variantes de las operaciones Roundup y

Sledgehammer, las cuales implicaban una invasión aliada en los territorios septentrionales de Francia. El propio Churchill, en un telegrama fechado el 8 de julio de 1942, planteó a Roosevelt que la mejor opción para contribuir a aligerar la carga de sus socios soviéticos era una intervención en el norte de África. Era el origen de la Operación Torch, denominada como Gymnast por aquel entonces, y que implicó el desembarco y avance hacia Túnez de las tropas anglo-estadounidenses durante la campaña en el Norte de África.

Soldados del Ejército Rojo preparándose para el contraataque en Stalingrado, en febrero de 1943.

La Operación Torch

En la decisión británica también influyó el resultado de la batalla de Gazala, librada en las inmediaciones de Tobruk (al este de Libia) durante los meses de mayo y junio de 1942, la cual es considerada uno de los hitos de la carrera militar del mariscal Rommel. Un valioso triunfo el obtenido por el conocido como «zorro del desierto» al volver a situar a los nazis en la senda de Egipto y amenazar con alcanzar el Canal de Suez, lo que hubiera tenido fatales consecuencias para los aliados, que necesitaban el paso para el aprovisionamiento de las tropas. Sin embargo, como el mismo Rommel pudo comprobar pocos meses después durante una estancia en Berlín, la mala disposición —entendido como incapacidad— de Hitler y su camarilla a la hora de manejar en términos realistas la evolución del conflicto acabaría siendo crucial. Así, resultó un error no haber llevado a cabo el ataque sobre Malta en 1940, es decir, antes incluso de la toma de Tobruk tras la victoria el 21 de junio de 1941 y de continuar el avance hacia tierras egipcias. Haber controlado la isla hubiera facilitado el abastecimiento del Afrika Korps —las tropas alemanas enviadas al norte de África en 1941 en apoyo de las fuerzas italianas—, el cual estuvo siempre limitado en su logística. En definitiva, un fallo estratégico como poco tan grave como minusvalorar la capacidad del ejército aliado.

En julio de 1942 comenzó la batalla de El Alamein (Egipto), pero la tónica de esta primera confrontación fue el equilibrio. Los Panzer germanos llegaron a pocas millas de Alejandría pero difícilmente podían mantener esas posiciones por las dificultades logísticas que planteaba estar a tanta distancia de Trípoli, plaza que actuaba como base de abastecimiento. El buen hacer de la inteligencia aliada, sumado a las nuevas tácticas aplicadas por Bernard Montgomery tras su nombramiento como nuevo comandante del VIII Ejército, acabaron por inclinar la balanza a su favor. La derrota nazi en Alam

el Halfa limitó las posibilidades de que el Eje volviera a la ofensiva en este escenario y la segunda batalla de El Alamein, iniciada a finales de octubre de 1942, certificó el cambio de tendencia. Siguiendo las palabras pronunciadas por Churchill: «Antes de El Alamein no habíamos cosechado ninguna victoria. Después de El Alamein no tuvimos ninguna derrota».

Un cambio de curso en el que también resultó clave el desembarco de las tropas aliadas en el Magreb. El 8 de noviembre, bajo el mando del general Dwight D. Eisenhower, miles de soldados británicos y estadounidenses, divididos en tres fuerzas de asalto, atacaron de manera simultánea Casablanca, Orán y Argel. Pese a los fallos operativos de la Operación Torch, la escasa resistencia de la Francia de Vichy evitó el desastre y a finales de diciembre los aliados dominaban Marruecos y Argelia, habiéndose trasladado la acción bélica a Túnez. A su vez, el acuerdo al que llegaron los aliados con el almirante François Darlan —quien, pese a haber sido sustituido por Pierre Laval en abril de 1942 como hombre fuerte de Pétain, había mantenido su cargo como comandante en jefe de las fuerzas militares— supuso un auténtico cisma en Francia. Máxime cuando la reacción de Hitler ante tal entendimiento fue la de tomar el control de la zona no ocupada, decisión que, a modo de protesta contra el gesto del jerarca nazi, propició el hundimiento por su propia tripulación de parte de la flota francesa resguardada en el puerto de Toulon, ubicado en la Costa Azul. Curiosamente, De Gaulle tuvo un papel totalmente secundario. Tras el asesinato de Darlan el 24 de diciembre de 1942 a manos de un joven estudiante, en el marco de una oscura maniobra monárquica para favorecer los intereses del Conde de París como aspirante al trono galo, el general Henri Giraud suplió a este ante los aliados.

Giraud había sido prisionero de los alemanes durante casi dos años y protagonizó una huida cinematográfica que le llevó de vuelta a la Francia de Vichy. Su lealtad a Pétain no fue incompatible, primero, con su total rechazo a cooperar con los nazis y, más tarde, con sus conversaciones con los aliados, pero siempre manteniendo una clara rivalidad con De Gaulle. De hecho, la presión de quienes apostaban

por el proyecto gaullista de la Francia Libre llevó a que De Gaulle y Giraud acabaran por copresidir el Comité Français de la Libération Nationale creado en junio de 1943, si bien su relación no resultó fácil. Anteriormente, entre el 14 y el 24 de enero de 1943, ambos generales habían participado, aunque con un papel menor, en la conferencia de Casablanca, donde Roosevelt y Churchill acordaron cuáles serían los siguientes objetivos estratégicos en su lucha contra el Eje. Un encuentro al que declinó acudir Stalin, aduciendo que la batalla de Stalingrado le impedía abandonar la Unión Soviética, y que fue igualmente importante por anunciar allí los líderes aliados que no iban a aceptar de sus enemigos más que una rendición incondicional.

Con el control efectivo de Marruecos y Argelia, las posiciones aliadas en África quedaron plenamente reforzadas y, tras conquistar Trípoli, no tardaron en lanzar una ofensiva sobre Túnez, lugar donde se habían concentrado efectivos alemanes e italianos ante la quiebra de la autoridad de Vichy. Aunque, en febrero de 1943, Rommel todavía pudo sumar en la batalla del paso de Kasserine (Túnez) una nueva victoria, esta vez, ante los blindados estadounidenses, no fue más que su canto del cisne. El zorro del desierto fracasó en su intento de aliviar la presión sobre la línea Mareth en Medenine y tuvo que abandonar la región para ya no regresar nunca a África. Siguiendo órdenes directas del Führer, quien se negó a estudiar la posibilidad de replegar las fuerzas restantes al continente europeo, la resistencia se prolongó todavía durante un par de meses. El 13 de mayo de 1943, la rendición del general italiano Giovanni Messe, que estuvo acompaña de la captura de prácticamente un cuarto de millón de prisioneros, marcó el final de la aventura africana del Eje.

Henri Giraud y Charles de Gaulle se estrechan la mano en presencia de Roosevelt y Churchill en la Conferencia de Casablanca (1943).

Túnez, Stalingrado o Guadalcanal, localizaciones que distaban entre ellas miles de kilómetros, quedaron unidas por un denominador común. El camino hacia la derrota del Eje hundió sus raíces en ellas, aunque con una particularidad: como había quedado establecido en la Conferencia de Casablanca, los aliados solo estaban dispuestos a solicitar la rendición incondicional de sus enemigos. La guerra había entrado en su última fase.

La derrota del Eje

~ Febrero de 1943-septiembre de 1945 ~

El Eje había entrado en una fase de deterioro y, a partir de 1943, los aliados lograban por fin cambiar el curso de la guerra. Sin embargo, esto no implicaba ni que el final estuviera cerca ni mucho menos que Hitler reconociera su debilidad. De hecho, el nazismo presentó su peor cara cuando se vio en dificultades. Basta ver, en este sentido, cómo fue evolucionando el proyecto de engendrar, en palabras de sus artífices, una estirpe limpia de «taras» como la homosexualidad o la debilidad mental y que no tuviera que convivir con razas «inferiores» como los gitanos o los judíos. Lo que en un primer momento se planteó como una deportación masiva de estos últimos y su confinación en guetos dentro del territorio polaco pronto se demostró impracticable. Es cierto que estos desplazamientos forzosos no estuvieron exentos de asesinatos y malos tratos, pero es a partir de 1942 —es decir, cuando la invasión de la Unión Soviética se estancó— el momento en el que el exterminio a gran escala se transformó en una opción plausible.

Las pruebas con gas que se estaban realizando en los campos de concentración en Polonia o el resultado de la Conferencia de Wannsee —reunión ministerial convocada con el objetivo de definir la «solución final de la cuestión judía» y cuyos acuerdos condujeron al holocausto— del 20 de enero de 1942 demuestran que la denominada «solución final» estaba definitivamente en fase de implantación. Uno de los aspectos más siniestros del holocausto es que, una vez que quedó demostrada la ineficiencia de los métodos tradicionales de exterminio como podían ser los fusilamientos, se idearon fórmulas para convertir todo el proceso en una suerte de cadena de montaje del horror. Sirviéndose de una racionalidad económica obscena, los campos que venían funcionando como centros de trabajo esclavo sumaron un nuevo desempeño: la matanza industrial. El ejemplo más destacado puede ser Auschwitz,

donde se estiman que pudieron fallecer alrededor de un millón de seres humanos.

En términos totales, la Shoá —término hebreo para denominar el holocausto— pudo cobrarse la vida de unos seis millones de judíos. No obstante, estas cifras siempre serán inexactas al no ser fácil poder discernir entre aquellos que perecieron por desnutrición o a consecuencia de las malas condiciones higiénicas y los que fueron directamente ejecutados en las cámaras de gas. A ello hay que añadir los traslados motivados por el avance de las tropas soviéticas en los últimos meses de la guerra, que se cobraron también muchas vidas, por no mencionar la existencia de pequeños centros de detención que no han tenido un tratamiento tan sistemático en las investigaciones históricas como los grandes campos. Unas cifras, en todo caso, estremecedoras y que se completan con otros exterminios a menor escala como los acometidos por los croatas y ucranianos filonazis en sus respectos territorios.

Tras la orden de «vaciar» el gueto de Cracovia, las familias judías allí alojadas se dirigen en marzo de 1943 a la estación de Prokocim, donde subirán obligadas a los trenes con destino a Auschwitz.

Esta pesadilla presenta, a su vez, otra faceta igual de turbadora, la del conocimiento de la sociedad germana de lo que allí estaba ocurriendo. Frente a posteriores descargas de responsabilidad y la generación de un discurso amnésico, la realidad fue mucho más compleja, pues no ha de culparse únicamente a la iniquidad de las élites, sino también al apoyo y colaboración que prestaron miles de alemanes de a pie que estuvieron empleados en los campos de exterminio como guardias o que, sencillamente, conocían el origen del humo que salía de los hornos de cremación. Un debate silenciado, en muchos casos, por las necesidades de posguerra y por la propia dinámica de la construcción de la paz después de un conflicto tan duradero y letal.

El silencio no solo afectó a Alemania, sino que puede hacerse extensivo a países ocupados como Francia u Holanda. Como apunta el historiador Josep Fontana, existió en estos países no solo un deseo de ocultar el colaboracionismo, sino de echar al olvido esa zona gris en la que se situaron los que actuaron con pasividad o incluso trataron de sacar partido de esa nueva realidad, una circunstancia que llevó a que, acabado el conflicto, se magnificara el peso de la resistencia y se generara un relato hiperbólico que no se compadece con la realidad vivida durante la ocupación. Por no mencionar el caso de Italia, que llevaba años bajo el puño de hierro de Mussolini, sin que las actividades clandestinas de una oposición fuertemente polarizada tuvieran apenas efecto. No fue hasta el colapso del Estado fascista a mediados de 1943 cuando efectivamente los partisanos comenzaron a desempeñar un papel relevante. E incluso entonces, una parte importante de la población mantuvo una postura apática o intentó sumarse al bando vencedor únicamente cuando el resultado de la contienda era claro y meridiano, tras el desconcierto reinante en la fase final del conflicto y la brutal represión desencadenada por Hitler al descubrir que Italia estaba negociando en secreto las condiciones de paz con los aliados. Basta repasar el contenido de las leyes de amnistía proclamadas tras el final de la guerra para entender la complejidad que presentaba ese incómodo pasado.

Precisamente fue en Italia donde se consolidó definitivamente la tendencia favorable a los aliados. En el marco de la denominada Operación Husky, las tropas británico-estadounidenses invadieron Sicilia la madrugada del 9 al 10 de julio de 1943, una compleja maniobra que implicó la coordinación de fuerzas anfibias y aerotransportadas, y que resultó exitosa. Prácticamente en paralelo a esta intervención se produjeron dos acontecimientos que contribuyeron a mejorar las expectativas de los invasores. Por un lado, la Operación Ciudadela, que significaba el último intento alemán por plantar un contraataque a gran escala en territorio soviético, estaba descarrilando. La superioridad en número del Ejército Rojo resultó crucial para que la Wehrmacht fuera atajada en Kursk. Por otro lado, mucho más cerca de Sicilia y como consecuencia de la invasión aliada de la isla, el desprestigio de Mussolini era tal que acabó siendo sustituido tras el golpe de Estado del 25 de julio de 1943 por el general Pietro Badoglio, que negoció secretamente con los aliados los términos de la rendición.

La violenta reacción de Hitler, que mantenía tropas en Italia, ante esta defección, sumada a que una parte del ejército italiano se negó a cumplir los términos del armisticio que Badoglio firmó en secreto con los aliados en Lisboa, impidió que la penetración aliada en la Península itálica en el mes de septiembre pudiera acelerarse. Comenzó entonces una campaña de ocupación lenta y costosa que queda definida por los prácticamente ocho meses que requirieron los aliados para transitar los apenas 200 kilómetros que separan Nápoles de Roma, ciudad, esta última, que no sería liberada hasta el 4 de junio de 1944.

Ruinas del Monasterio de Montecassino tras la batalla «por Roma».

Especialmente gravosas en términos materiales y de vidas humanas fueron las batallas de Montecassino y Anzio, libradas durante el primer semestre de 1944, con el objetivo aliado de tomar Roma. Además, mientras se producían choques en el sur de Italia y los bombardeos se intensificaban, Mussolini había retornado al poder en septiembre de 1943 con la constitución de un fantasmagórico Estado títere de Alemania denominado oficialmente República Social Italiana, más conocida como República de Salò. Así pues, no es de extrañar que algunos estudios sugieran la necesidad de entender este nuevo escenario como el de una guerra civil a la que se superponía la lucha entre aliados y alemanes en un contexto global.

La penicilina

Imagen tomada en 1944 en Estados Unidos, en la que las autoridades recomiendan el empleo de la penicilina para curar enfermedades venéreas.

La Segunda Guerra Mundial fue un campo de pruebas idóneo para todo tipo de avances tecnológicos. Al igual que el ser humano había perfeccionado las maneras de eliminar al enemigo, también las mejoras médicas experimentaron un notable desarrollo. Un perfecto ejemplo es lo sucedido con la penicilina. En 1928, el científico escocés Alexander Fleming identificó las propiedades del hongo Penicillium para producir una sustancia con efectos antibacterianos. Sin embargo, no fue hasta el inicio de la guerra cuando realmente se explotó todo su potencial gracias a los estudios de los científicos aliados sobre la capacidad de la penicilina para curar heridas.

Una curiosa anécdota es que la estirpe del hongo de la que partió su

producción en 1943 provenía de un melón enmohecido encontrado casualmente en Illinois. El antibiótico se produjo en masa y muchos soldados pudieron sobrevivir gracias a su uso.

▪

Como se expondrá con más detalle en el siguiente capítulo, en la Conferencia de Teherán, iniciada en noviembre de 1943, el triunvirato aliado acordó la apertura de un nuevo frente en las costas francesas durante la primavera del siguiente año. Mientras se concretaba la bautizada como Operación Overlord, los aliados se esforzaron por lograr la primacía en los océanos.

En el Atlántico, pese a la introducción de nuevas tácticas para garantizar la seguridad de los convoyes, los submarinos alemanes continuaron hasta marzo de 1943 perpetrando grandes destrozos en las comunicaciones navales aliadas. No obstante, se trató de un espejismo, ya que, a partir de ese momento, la Kriegsmarine, comandada por el almirante Karl Dönitz, fue cediendo terreno, incapaz de resistir ante la superioridad aérea aliada, que acabó llevando a pique decenas de submarinos. El repliegue de estos hacia la costa en los primeros meses de 1944 y las exiguas cifras de hundimientos enemigos alcanzadas hasta el final de la contienda atestiguan que durante el último año del conflicto el Atlántico había quedado prácticamente libre para la navegación aliada.

En lo concerniente al Pacífico, tras la batalla de Midway, el Imperio japonés se concentró en defender sus posiciones y evitar que los aliados pudieran comprometer la integridad de su territorio. Los estrategas estadounidenses idearon dos fórmulas para lograr rebasar esos anillos concéntricos de resistencia a ultranza planteados por los nipones. La Marina de Estados Unidos, con el almirante Chester Nimitz a la cabeza, consideraba que lo más adecuado era avanzar por el mismo centro del Pacífico confiando en la ventaja que les concedían los portaaviones. Por su parte, MacArthur apostaba por golpear desde el Pacífico suroriental y alcanzar Filipinas, a las que

el controvertido general había jurado regresar.

Kamikaze

Con este término se conoce a aquellos pilotos japoneses que, en la última fase de la guerra, estrellaban sus aviones de forma deliberada contra los objetivos enemigos, esencialmente barcos. Sin embargo, los efectivos que utilizaron esta táctica no tenían dicha denominación sino que respondían a la de Tokubetsu Kōgekitai, es decir, 'unidad especial de ataque'.

Kamikaze se puede traducir como 'viento divino' y hace referencia a un tifón que dispersó a los mongoles en su ataque a Japón en 1281. Pese a que fue una palabra usada informalmente en Japón durante el conflicto, realmente se popularizó fuera de sus fronteras y hoy es utilizada de forma coloquial en múltiples contextos.

El USS Bunker Hill fue objeto de dos ataques kamikazes en el espacio de 30 segundos el 11 de mayo de 1945, que causaron la muerte a 372 soldados.

Finalmente se combinaron ambas estrategias, decisión que ralentizó la campaña al dividir las fuerzas y otorgar a los japoneses más tiempo para su defensa. Después de la victoria en Guadalcanal y una vez aseguradas las islas Salomón, comenzaron, desde mediados de 1943 y hasta entrado el siguiente año, los saltos de isla a isla en las Gilbert y las Marshall. A la altura del verano de 1944 se produjeron también sustanciales avances en Nueva Guinea, mientras que Saipán, isla perteneciente al archipiélago de las Marianas, fue conquistada en el mes de julio. Esta acción estuvo precedida de la batalla del mar de Filipinas acaecida entre el 19 y el 20 de junio y en la que la Armada Imperial sufrió cuantiosas pérdidas incluyendo tres portaaviones. Con la posterior caída de Guam y Tinian, los aliados ya disponían de suficientes bases que les facilitaran los bombardeos sobre territorio japonés.

Durante este período, los nipones únicamente pasaron a la ofensiva en marzo de 1944, cuando desde Birmania trataron de penetrar en la India, una incursión que no tuvo éxito, pues fracasó tanto en Imfal como en Kohima. A finales de año se produjo un reflujo aliado que llevó a que, a comienzos de 1945, Rangún fuera definitivamente ocupada por los británicos. Asimismo, el intento japonés de neutralizar las bases aéreas en territorio chino, controladas por los nacionalistas del Kuomintang y utilizadas por los estadounidenses en sus bombardeos, reforzó la idea de MacArthur de que Filipinas era la mejor opción para actuar de trampolín en una eventual invasión de Japón. El 20 de octubre se produjo un desembarco anfibio en la isla de Leyte y pocos días más tarde se libraría en el golfo del mismo nombre una titánica batalla naval que sacrificó el poder marítimo que restaba a los japoneses. Buena muestra de su desesperación es que fue en este contexto cuando comenzaron los ataques suicidas.

El Día D

Retornando al escenario europeo, el 6 de junio de 1944 se produjo definitivamente el desembarco aliado que tenía como objetivo las playas de Normandía. Al finalizar el popularmente conocido como «Día D», unos 150 000 soldados habían tomado posiciones junto con dos millares de vehículos y varias toneladas de provisiones. Los alemanes fueron incapaces de repeler la invasión y la cabeza de puente quedó firmemente establecida, lo que permitió liberar Cherburgo a finales de mes y controlar Caen el 9 de julio. Se trató de un esfuerzo logístico sin precedentes que estuvo marcado por el empleo de señuelos para evitar una pronta reacción germana y por la superioridad aérea aliada en el Canal de la Mancha. Los intentos nazis por desarrollar armas que permitieran ataques a larga distancia se concretaron en las bombas volantes V-1 y V-2. Su éxito, no obstante, fue limitado y la confianza de Hitler en que los avances tecnológicos llegaran a tiempo para cambiar el curso de la guerra se vio frustrada.

Desembarco en Omaha Beach la mañana del 6 de junio de 1944.

El progreso de las tropas aliadas en territorio francés fue muy rápido: París quedó liberada el 25 de agosto, momento en el que todo parecía indicar que al conflicto le podían restar tan solo unas semanas. Sin embargo, al fracaso de la Operación Market Garden sobre los cielos de Holanda y Alemania en septiembre de 1944, con el objetivo de capturar una serie de puentes sobre los principales ríos de los Países Bajos bajo control alemán, se sumaron los problemas de abastecimiento desde la retaguardia, lo que propició que el avance se estancara. Todo lo contrario de lo que ocurría en el Este de Europa.

Paracaidistas británicos recibiendo instrucciones para la invasión.

Tras el desembarco en Normandía, los soviéticos por fin disponían del ansiado segundo frente, si bien la presión alemana ya se había visto previamente relajada dadas las dificultades planteadas en Italia. Con la mayor parte de Ucrania bajo su control, Stalin desencadenó el 22 de junio la Operación Bagration, un ataque masivo que implicó la movilización de más de un millón de soldados que atravesaron las líneas enemigas en Bielorrusia. Una dura derrota para la Wehrmacht, que no pudo reponerse ante la pérdida de casi 500 000 efectivos en menos de dos meses. Los soviéticos aprovecharon la confusión nazi para penetrar en Lituania, Polonia y Rumanía, y llegaron a amenazar seriamente Berlín. La llegada del Ejército Rojo a las inmediaciones de Varsovia coincidió con el estallido de la revuelta encabezada por los valedores del gobierno polaco en el exilio. Stalin ordenó a sus tropas que se mantuvieran al margen de la revuelta y no cruzaran el Vístula, lo que verifica que los últimos meses del conflicto no pueden decodificarse correctamente sin tener ya muy presente la pugna por

el orden de posguerra.

Alzar una bandera sobre el Reichstag

Son pocos los que no conocen esta fotografía con tintes épicos y que representa como ninguna otra la caída de Berlín en manos de los soldados soviéticos. Sin embargo, no tantos saben que la imagen, tomada el 2 de mayo de 1945, tiene una interesante intrahistoria, pues siempre ha sido objeto de discusión. Su autoría se ha adjudicado a Yevgeny Khaldei —para ello hubo de aguardarse a la implosión de la Unión Soviética—, quien corroboró que la foto había sido preparada. Igualmente, ha existido un debate en torno a la identidad de los soldados que en ella aparecen y, sobre todo, acerca de la manipulación que sufrió tras su revelado. Aparentemente, uno de los soldados portaba más de un reloj, lo que era una clara prueba del pillaje al que fue sometida la capital nazi. Se trataría de una actitud alejada de la imagen que los líderes

soviéticos deseaban ofrecer del triunfante Ejército Rojo, por lo que se retocó en el laboratorio para tapar ese detalle. De la misma forma, se procuró hacer que la bandera ondeara con gracia pese a la falta de viento y se añadió más humo al fondo para contribuir a que la composición resultara más dramática y heroica. Se han acuñado, asimismo, otras teorías que sostienen que el soldado en cuestión portaba junto a su reloj una brújula y, por tanto, se habría tratado de una malinterpretación.

Mientras el frente en el Vístula quedaba estabilizado, Moscú lanzó un nuevo zarpazo a mediados de agosto de 1944, esta vez desde el sur. El resultado fue la destitución de Ion Antonescu en Rumanía el 23 de agosto y, pocos días más tarde, la entrada del Ejército Rojo en Bulgaria: un golpe fatal para el Reich, que perdía la posibilidad de seguir abasteciéndose del petróleo que obtenía de estos territorios. Los alemanes, ante esta nueva tesitura, decidieron también replegarse de Yugoslavia, Grecia y Albania. Hungría, que los nazis habían ocupado en marzo de 1944 y donde, meses más tarde, habían derrocado el gobierno de Miklós Horthy e instaurado un gobierno títere, tardó, sin embargo, más tiempo en ser dominada por los soviéticos.

La masacre de Manila

A comienzos de 1945, el acoso aliado sobre Tokio experimentó un fuerte incremento y se planteó la necesidad de tomar posiciones cercanas a Japón para preparar la posible invasión. El general estadounidense MacArthur decidió atacar Luzón y avanzar hasta tomar el control de Manila, una operación que se antojaba complicada pero cuyo sangriento desenlace era muy difícil de prever.

Pese a que el ejército nipón había dado la orden de retirarse, unos 15 000 hombres al mando del contraalmirante Iwabuchi Sanji decidieron no obedecer y optaron por plantear una resistencia a ultranza: durante el mes que duraron los enfrentamientos se calcula que pudieron perecer unas 100 000 personas. Lo más significativo es que gran parte de las bajas causadas por los soldados japoneses se concentraron entre la población civil, pues cometieron auténticas tropelías, como violaciones o mutilaciones, con el fin de «liberar» su frustración ante la derrota.

Algunos episodios resultaron especialmente dramáticos, como el acaecido en el club alemán que albergaba a unas ochocientas personas de las que únicamente salieron cinco con vida tras ser incendiado el edificio por parte de las tropas japonesas.

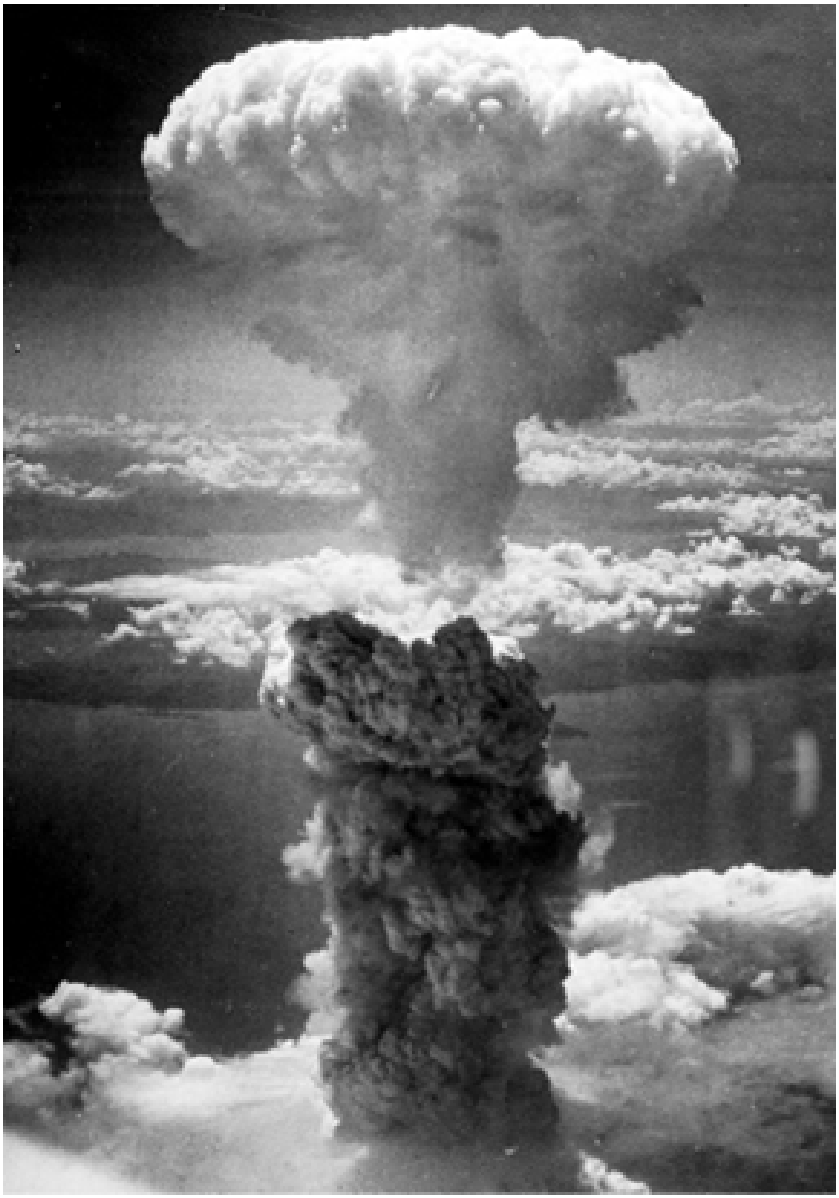
■

Pese a que todo parecía perdido, Hitler, incapaz de reconocer la derrota, trató de quemar sus últimas naves. En una operación que pretendía recordar a lo acontecido en 1940, las Ardenas volvieron a convertirse en un campo de batalla en diciembre de 1944. Fue un mero espejismo: cuando el tiempo atmosférico lo permitió, la aviación aliada, combinada con los blindados estadounidenses dirigidos por el general Patton, cercenaron el avance germano, y, a finales de enero, la zona quedó totalmente bajo control aliado. Mientras tanto, el Ejército Rojo pasaba del Vístula al Óder ante la impotencia de las tropas alemanas, que no podían más que sembrar el caos y la destrucción en su retirada. El debate entre británicos y estadounidenses sobre la conveniencia de llegar a Berlín antes que el Ejército Rojo —Churchill deseaba entrar en la capital alemana antes que los soviéticos, mientras que el presidente de Estados Unidos no lo consideraba prioritario— se decantó, finalmente, hacia la postura defendida por Roosevelt y el general Eisenhower. Con todo, Stalin, receloso de sus socios, no dudó en apresurar a sus tropas, las cuales, el 16 de abril de 1945 comenzaron su ataque contra la capital del Reich. Mientras el combate se desarrollaba en

el interior de Berlín, tenía lugar la ejecución de Mussolini en Italia. Este brutal fin, incluyendo la exposición pública de su cadáver, parece que influyó en la decisión de Hitler de quitarse la vida y solicitar que su cuerpo fuera posteriormente quemado. El Führer, llamado a construir un Reich que durara mil años, se suicidó el 30 de abril. El 8 de mayo, un día después para los soviéticos debido al huso horario de Moscú, Alemania presentaba su rendición incondicional, con lo que se proclamó el Día de la victoria en Europa.

La guerra sigue en el Pacífico

El fin de las hostilidades en el viejo continente no implicó, sin embargo, la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, pues el Imperio japonés seguía resistiendo. Tras la victoria en el golfo de Leyte, los combates en Filipinas dejaron claro que la empresa que los estadounidenses tenían por delante iba a ser dura y penosa. La tenacidad japonesa, cuyo ejército de tierra no había sufrido aún el desgaste del combate, quedó de manifiesto en las trabajosas victorias estadounidenses de Iwo Jima y Okinawa. La primera de las islas tenía importancia para atajar los ataques aéreos japoneses que partían de ella, mientras que ocupar la segunda era un paso lógico para facilitar la invasión del país. Sin embargo, la defensa planteada por los nipones fue tan violenta que en Estados Unidos llegó a prender el debate en torno a si estos objetivos merecían, realmente, un saldo tan altísimo de bajas. Con ejemplos como los de Filipinas u Okinawa no es de extrañar que se intensificaran los bombardeos masivos sobre las principales ciudades de Japón, a la vez que eran sometidas a bloqueos mediante la acción combinada de los submarinos y las minas.



A la izquierda, el ministro de Asuntos Exteriores japonés Mamoru Shigemitsu firma el acta de rendición de Japón a bordo del acorazado estadounidense USS Missouri. A la derecha, el hongo nuclear resultado de la explosión de la bomba conocida como Fat

Man se levantó 18 kilómetros sobre Nagasaki.

La decisión adoptada por el presidente Harry Truman —quien había sustituido a Roosevelt el 12 de abril de 1945 tras la repentina muerte de este— de lanzar las bombas atómicas sigue siendo muy controvertida. El argumento de que su uso respondió únicamente a cálculos de coste y beneficio frente a un desembarco que se antojaba encarnizado no parece responder a la realidad. Algunas voces consideran que la rendición japonesa estaba mucho más cerca de lo que parecía, máxime con la declaración de guerra de la Unión Soviética el 8 de agosto de 1945. No puede tampoco descartarse la hipótesis de que fuera una demostración de fuerza estadounidense ante el futuro próximo que entonces se auguraba. En todo caso, en aquel preciso momento, 6 de agosto para Hiroshima y tres días más tarde para Nagasaki, pocos fueron los que cuestionaron la resolución de Truman. Los más de 100 000 muertos causados por ambas explosiones fueron el doloroso broche a una guerra que había mostrado al mundo la cara más mortífera y despiadada de la condición humana. El 2 de septiembre, los japoneses firmaron su rendición a bordo del acorazado USS Missouri, que se encontraba fondeado en la bahía de Tokio. Comenzaba, de esta forma, una nueva etapa que venía siendo diseñada en la diplomacia de conferencias a la que está dedicada el próximo capítulo.

Diplomacia de guerra para construir la paz

~ 1941-1945 ~

Los números de la guerra son estremecedores a la hora de revisar las bajas y calcular la destrucción material, pero difícilmente pueden captar el colapso moral y en términos de civilización ocasionado por el conflicto. La guerra había envuelto universalmente al hombre, la sociedad y la propia naturaleza en ese paisaje en ruinas, del que solo se salvarían algunos teatros, como el hemisferio americano, que logró minimizar los daños humanos y materiales del conflicto en su territorio. Pese a todo, la magnitud de los números, en la mayoría de los casos aproximativos, configuran una morfología de la catástrofe.

En términos demográficos, la mortalidad superó en progresión geométrica a la guerra del Catorce. Al terminar el conflicto en 1945 había más de 50 millones de personas muertas, heridas entre 35 y 40 millones y desaparecidas entre 4 y 5 millones. El mayor coste humano, por estados, lo sufrió la Unión Soviética, que perdió más de 26 millones de ciudadanos —el 14% de la población—, de los que 8 millones fueron víctimas militares, una cifra global que ya de por sí superaba la mortalidad generada por la Primera Guerra Mundial. El coste humano también resultó muy acusado en Europa central y oriental: Alemania perdió el 8% de su población —6 millones, de los cuales 4 fueron militares—; Polonia también perdió 6 millones, una amplia mayoría civiles y prácticamente la mitad judíos, pues solo 300 000 fueron militares; en Yugoslavia, Rumanía y Hungría perdieron la vida entre 300 000 y 400 000 militares cada una; en Bulgaria, murieron unas 20 000 personas, la mitad de ellas civiles; y en Austria la cifra ascendió a 300 000 muertos. En Europa occidental, que albergó el frente y la retaguardia más castigados en la Gran Guerra, el resultado resultó considerablemente menor: Gran Bretaña perdió 365 000 personas, incluidos los civiles, a los que habría que sumar los 120 000 muertos procedentes de la

Commonwealth; en Francia, fallecieron unos 293 000 soldados y una cifra muy similar de civiles; Bélgica tendría unas pérdidas de unos 11 000 soldados; Holanda unos 220 000 civiles y unos 14 000 militares; e Italia vio disminuir en un 1,2% su población, unos 444 500 muertos, de los cuales 284 500 eran militares. Fuera de Europa, los países que sufrieron un mayor coste humano fueron los siguientes: China, donde la guerra contra la invasión japonesa había comenzado en 1937, perdió 13 millones de personas, aproximadamente, de las cuales un millón y medio fueron soldados; y Japón, 2,5 millones de personas, de las cuales 1,9 millones soldados. Y el balance, por último, para Estados Unidos fue de 340 000 soldados muertos. Asimismo, el genocidio sistemático ejecutado principalmente desde los campos de exterminio nazis eliminó a tres cuartas partes de la comunidad judía en Europa, entre ellos 3 millones de Polonia, 650 000 de la Unión Soviética, 270 000 de Bulgaria y 120 000 de Alemania.

Un grupo de guardias del campo de concentración de Bergen-Belsen, al norte de Alemania, descargan un camión repleto de cadáveres y los trasladan a una fosa común.

A estas cifras habría que añadir el coste humano de uno de los hechos más ilustrativos del final de la Segunda Guerra Mundial y la construcción de la paz: los desplazamientos forzosos de población por diferentes motivos —expulsiones masivas, evacuados y refugiados—. Alemania perdió el 25% de su territorio respecto a 1938 y más de 7 millones de alemanes residentes en Silesia, Pomerania y Prusia Oriental fueron obligados a desplazarse; a estos aún habría que sumar los alemanes procedentes de Hungría, Yugoslavia y Rumanía. Este sería uno de los capítulos más

dramáticos de la guerra y la posguerra, pues en ese censo faltaría incluir los 1,7 millones de bálticos y polacos desplazados a Siberia entre 1939 y 1940, los casi 2 millones de ucranianos y bálticos hacia el oeste entre 1944 y 1945 o los 30 000 magiares trasladados en 1945 desde Eslovaquia a Hungría, entre otros.

La destrucción material fue estremecedora, especialmente en Europa, Japón y China. Las principales ciudades europeas —a excepción de algunas urbes británicas y otras de los estados neutrales— fueron reducidas a ruinas como consecuencia de los bombardeos sistemáticos. Algunas como Varsovia, Berlín o Düsseldorf se reconstruyeron casi en su totalidad. El mismo destino tuvieron en Japón la capital, Tokio, y por supuesto las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, sobre las que se lanzaron las dos primeras bombas atómicas.

Numerosas ciudades europeas fueron reducidas a ruinas y tuvieron que ser reconstruidas casi en su totalidad. En la imagen, la Puerta de Brandenburgo en una fotografía tomada el 1 de junio de 1945.

La reconstrucción se vio condicionada por la destrucción sistemática de las infraestructuras que se había producido durante la guerra, como los nodos principales de comunicación, las redes ferroviarias, los sistemas de canalización y las instalaciones portuarias, entre otras. La hambruna que asoló Europa y zonas de Asia como China se agravó por las dificultades para recuperar la actividad agrícola, a lo que había que sumar la falta de mano de obra, de máquinas y de medios de comunicación. La producción agroalimentaria descendió a la mitad de los registros del período de entreguerras y la industrial fue de un tercio respecto a capacidad productiva en aquel mismo marco temporal de referencia. Películas como las del director Roberto Rosellini Roma, ciudad abierta de 1945 y Berlín, año cero de 1948 retrataron las paupérrimas condiciones de vida en la posguerra.

La tarea de la reconstrucción era tan inmensa como el deseo de que la paz se restableciese, pero, como ya sucediera en 1918-1919, las diferencias y tensiones entre los vencedores ensombrecerían de nuevo el camino. En 1945, el mundo no entraba como en 1919 en las incertidumbres de una paz frágil y contestada, sino que las suspicacias y la quiebra de la coalición de las naciones condujeron al mundo de una guerra caliente a una guerra fría.

La Carta del Atlántico y la diplomacia aliada

La confluencia de las potencias anglosajonas antes de la entrada en la guerra tuvo una cita de singular significado, el encuentro del 14 de agosto de 1941 en Terranova entre el presidente Franklin D. Roosevelt y el primer ministro británico Winston Churchill. De aquella toma de contacto emanó la Carta del Atlántico, una declaración conjunta realizada a bordo del USS Augusta. Se trataba de un documento crucial en la construcción del nuevo orden internacional, pues se incorporó a la Declaración de Naciones Unidas y fue un texto de referencia de otros documentos, como la Declaración de la Europa Liberada en la Conferencia de Yalta. Además, de algún modo, era un eslabón que recuperaba los principios wilsonianos. Previamente, Gran Bretaña había convocado, junto con los dominios de la Commonwealth y un conjunto de gobiernos en el exilio —Bélgica, Checoslovaquia, Grecia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Polonia, Yugoslavia y el general De Gaulle, en nombre de la Francia Libre— una reunión con el fin de proclamar solemnemente su voluntad para cooperar y luchar por una paz en un mundo sin la amenaza de la agresión y donde pudiera promoverse el desarrollo económico y social. Aquel compromiso quedaría explicitado en la Declaración del Palacio de St. James, firmada el 12 de junio de 1941.

La Carta del Atlántico ilustró la predisposición de Estados Unidos a comprometerse en la ayuda a Gran Bretaña y la imperiosa necesidad de esta por embarcar a la potencia norteamericana en la guerra para hacer frente a la situación crítica del Imperio, sobre todo como arsenal de la democracia. Algunos de sus puntos concitaron sin dificultad el consenso, pues la libertad de navegación por los mares y océanos, la libertad de comercio y la cooperación económica para promover el bienestar de los estados o la mención

al desarme en el contexto de un nuevo sistema de seguridad colectiva ya formaban parte de las relaciones internacionales desde una perspectiva liberal. El nudo gordiano de la Carta del Atlántico se encontraba en los puntos tercero y sexto. Winston Churchill acudió, acuciado por la crítica situación de Gran Bretaña en la guerra, con el fin de lograr un compromiso de Estados Unidos para entrar en el conflicto en el bando de los aliados. Y así se reflejó en el texto en el punto sexto: «Tras la destrucción total de la tiranía nazi, esperan ver establecer una paz que permita a todas las naciones vivir con seguridad en el interior de sus propias fronteras y que garantice a todos los hombres de todos los países una existencia libre sin miedo ni pobreza». Era un paso más en ese compromiso moral y económico, de no beligerancia, pero todavía lejos de los deseos del mandatario británico. A cambio, Estados Unidos lograba introducir el punto tercero, de acuerdo con el cual ambas potencias «respetan el derecho que tienen todos los pueblos de escoger la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir, y desean que sean restablecidos los derechos soberanos y el libre ejercicio del gobierno a aquellos a quienes les han sido arrebatados por la fuerza». La letra interpretaba lealmente la filosofía wilsoniana en torno a la evocación de los principios de autodeterminación y de autogobierno. Sin duda, el reconocimiento de este punto por Winston Churchill, un acérrimo imperialista, ilustraba la difícil encrucijada en la que se encontraba la guerra para Gran Bretaña.

En los últimos días de diciembre de 1941 tuvo lugar la celebración de la Conferencia de Washington —Conferencia de Arcadia en su nombre en clave—, donde comenzaron a tratarse los detalles de la planificación estratégica conjunta y se comprometieron a no firmar la paz por separado. Veintiséis estados —incluida la Unión Soviética — firmaron el 1 de enero de 1942 la Declaración de las Naciones Unidas desde los fundamentos de la Carta del Atlántico. El término de «Naciones Unidas» había sido acuñado por Franklin D. Roosevelt para sustituir las expresiones empleadas hasta entonces: «Gran Alianza» o «Potencias Aliadas». Los aliados se organizaron por el sistema de conferencias, de las que celebrarían catorce entre 1941 y 1945, durante las cuales fueron modulando y adoptando las decisiones políticas, militares y económicas para coordinar, no sin

grandes tensiones, el esfuerzo de guerra y para el diseño y la construcción de la paz.

A la Conferencia de Casablanca, celebrada el 14 de enero de 1943 tras el éxito del desembarco aliado en el norte de África, le siguieron una serie de encuentros entre las potencias anglosajonas, como las celebradas en Washington entre el 12 y 29 de marzo de 1943, en la que estas potencias contemplaron cambios territoriales en Europa a favor de la Unión Soviética (países bálticos, el desplazamiento hacia el oeste en Polonia o el futuro de Besarabia), además de la eventual partición de Alemania; y otras dos con presencia de Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt en Washington en mayo y otra posterior en Quebec en agosto del mismo año. En esta última se redactó un proyecto de declaración de las cuatro potencias —Gran Bretaña, Estados Unidos, Unión Soviética y China— orientada al establecimiento de una futura organización internacional. En breve, en octubre de 1943, tuvo lugar la Conferencia de Moscú, donde se reunieron por primera vez los tres líderes de la coalición de Naciones Unidas —Josef Stalin, Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt—. En Teherán —del 27 de noviembre al 1 de diciembre de 1943— se confirmó el compromiso para participar en la futura organización internacional y la creación de la European Advisory Commission, destinada al estudio de la partición de Alemania. En la Conferencia de Teherán se prefiguraron muchas de las grandes cuestiones y decisiones que se abordaron a principios de 1945 en Yalta.

Los planteamientos y la visión de la paz de Franklin D. Roosevelt entraron en liza no solo con las tesis e intereses de las otras grandes potencias aliadas, básicamente Gran Bretaña y la Unión Soviética, sino también dentro de su gabinete en el propio Departamento de Estado y con los estados mayores de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, pues hallaron una creciente discrepancia con los conceptos segregados desde la estructura militar conjunta británico-estadounidense. Unos preceptos que supusieron la asimilación de los postulados británicos sobre Eurasia y que afloraron y se asumieron plenamente con la quiebra del entendimiento en la

coalición aliada, ya con Harry Truman en la presidencia.

El presidente Franklin D. Roosevelt entró en la guerra con unas vagas pero consistentes convicciones sobre cómo estructurar las relaciones internacionales: la indispensable cooperación con otros estados para preservar la paz, pero evitando compromisos que pudieran arrastrarle a cualquier guerra en cualquier lugar; la insistencia en la preservación de la libertad de acción de Estados Unidos dentro de la futura organización internacional; y la convicción de que solo las grandes potencias podían mantener la paz.

El presidente de Estados Unidos había contemplado la celebración de una gran conferencia de paz tras el fin de las hostilidades, como ocurriera al acabar la Primera Guerra Mundial en París, pero nucleada en torno a las grandes potencias. La administración Roosevelt ya se había embarcado en el diseño y la planificación del mundo de posguerra para esbozar la futura organización internacional al amparo de las grandes potencias y el futuro de ciertos espacios coloniales como Indochina o la India y la agenda europea —la división de Alemania o las fronteras de Polonia—. Británicos y estadounidenses habían asumido que la Unión Soviética dependería en la posguerra de su ayuda para la reconstrucción y eso les otorgaba cierta ventaja.

Stalin, Roosevelt y Churchill en la Conferencia de Teherán (1943).

En su concepción del orden global, Franklin D. Roosevelt le comentó a Stalin su proyecto de los «cuatro policías», que incluía a China. Estaba convencido de la necesidad de incorporar al gigante asiático al palé internacional atribuyéndole más responsabilidades como parte de su dinámica de modernización. No obstante, el líder soviético cuestionó que China pudiera desempeñar un papel de influencia en los asuntos europeos. Finalmente, en Teherán, iría cobrando entidad la idea de crear una organización internacional, no regional.

El presidente de Estados Unidos defendió públicamente las tesis del Departamento de Estado, particularmente de su secretario, Cordel Hull, y sus consejeros, para quienes la opinión pública estadounidense y la mundial solo aceptarían una organización

internacional basada en el principio de igualdad de soberanía entre los estados. Pero de forma privada y en las negociaciones con las otras grandes potencias aliadas, defendía sus planteamientos de equilibrio regional. El diseño de Roosevelt de Europa se cimentaba en el diseño de un nuevo marco político y territorial, en dos pilares regionales garantes de la paz —Gran Bretaña y la Unión Soviética —, y una macroestructura en la que Estados Unidos pudiera ocupar una posición clave o intervenir como un primus inter pares.

La noción de Franklin D. Roosevelt de estas esferas de influencia era muy diferente de la concepción de áreas de influencia de Stalin —que aspiraba a una presencia militar directa en Manchuria y Corea del Norte y en Europa oriental—, y de las convicciones imperialistas de Winston Churchill. La imprecisa articulación de la idea de open spheres, una suerte de pragmático idealismo wilsoniano, se contrapuso a la noción de esferas de influencias cerradas o exclusivas para cada estado como las que proponían británicos y soviéticos. La primera noción alentaba una concepción de áreas abiertas al intercambio de ideas, así como de bienes, servicios y capitales. Una concepción que enlazaba con la idea tradicional de open door (‘puerta abierta’).

El diseño de Roosevelt no encontró pleno acomodo con los planteamientos de la Oficina de Servicios Estratégicos de Estados Unidos, bajo la dirección de William J. Donovan, los cuales hilaban mejor con las tesis predominantes en el Estado Mayor Conjunto. La disparidad de criterios entre el alto mando aliado y los planteamientos del presidente estadounidense y su secretario de Estado, Cordel Hull, en la comparecencia de este último ante los jefes militares el 23 de noviembre de 1943, era evidente a la hora de interpretar la aplicación del principio de autodeterminación frente al plan británico de división de Europa en áreas de influencia.

Para los dirigentes británicos, la guerra y la paz debían perseguir

tres fines: la contención de las fuerzas antiimperialistas y «socializantes» en Europa y Asia, la contención de la Unión Soviética, y la derrota de Alemania. La diplomacia de guerra de Winston Churchill serpenteaba entre dos amenazas: las convicciones y la defensa del principio de descolonización auspiciados por Franklin D. Roosevelt y la contención del expansionismo soviético hacia Europa del este y hacia otros espacios sensibles del Imperio británico, particularmente en Oriente Medio, en países como Irán, o en las rutas estratégicas, como el Mediterráneo oriental.

En mayo de 1944, Churchill propuso, de acuerdo con sus planteamientos de las áreas de influencia, la creación de un Supreme World Council —conformado por Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y China, si Washington seguía insistiendo en su inclusión— y consejos regionales para Europa, el hemisferio occidental y el Pacífico. El primer ministro británico quería restaurar el poder de Francia en el continente, así como considerar las teorías de Coudenhove-Kalergi —principal promotor de la idea de Paneuropa y el pensamiento federalista en Europa en el período de entreguerras—. Para Roosevelt, aquella propuesta le planteaba un dilema: de una parte, la empatía hacia la utilidad de las hegemonías regionales de las grandes potencias podía facilitar la labor de policía internacional de estas, particularmente en Europa; y de otra, el temor a que el consejo regional europeo fuera un instrumento para maniatar a Estados Unidos en Europa.

Por su lado, Stalin concebía la política exterior soviética en el marco de la guerra desde una perspectiva revisionista que enraizaba con el pasado reciente del pacto Ribbentrop-Molotov de agosto de 1939 y el Tratado de Brest-Litovsk de marzo de 1918, con el fin de restituir las claves y objetivos tradicionales de la política exterior rusa. Stalin había asumido plenamente los imperativos geopolíticos de la Rusia zarista y era un ávido lector de obras sobre la diplomacia y la política exterior rusa en los años precedentes a la Primera Guerra Mundial. La Unión Soviética, como ya había afirmado en 1937, era la heredera natural de la política exterior zarista. Asimismo, la mayor parte de las autoridades soviéticas

estaban convencidas de que la cooperación con Estados Unidos proseguiría tras la guerra y consideraban crucial evitar la conformación de un bloque anglosajón contra la Unión Soviética.

«El espíritu del Elba»

El día 25 de abril de 1945 tuvo lugar un histórico encuentro entre las fuerzas estadounidenses de la 69th Infantry Division y las soviéticas de la 58 División de Guardias del Ejército Rojo cerca de Torgau, al suroeste de Berlín. El objetivo de la reunión era reafirmar su determinación de luchar juntos hasta conseguir la rendición del III Reich, lo que se ha venido en llamar «el espíritu del Elba», en referencia al río que fluía en la zona donde se produjo la entrevista. Esta imagen de unidad ponía fin a la idea que había extendido la propaganda nazi, según la cual Berlín se salvaría porque soviéticos y estadounidenses acabarían por entrar en conflicto.

Un monumento en Torgau conmemora aquel encuentro y el espíritu del Elba, que sería evocado de forma repetida por los gobiernos estadounidense, británico y soviético durante la guerra y con posterioridad a esta. También en Estados Unidos una placa en el Cementerio Nacional de Arlington celebra la cita. Asimismo, en 1949, una película rusa en blanco y negro, Encounter at the Elba, se hacía eco. Sin embargo, muy pronto, en 1947, la camaradería de aquel momento se transformó en hostilidad entre los antiguos aliados, lo que desembocó en la Guerra Fría.

Más tarde, en alguna ocasión se evocó el espíritu del Elba como símbolo de paz y de amistad entre los pueblos de ambas superpotencias. Así lo haría una popular canción soviética en 1961 titulada «Do the Russians want War?», o cuando el soldado

estadounidense Joseph Polowsky, que había participado en el encuentro con los soviéticos en Torgau, dedicó buena parte de su tiempo a oponerse a la guerra y solicitó, sin éxito, que las Naciones Unidas declararan el 25 de abril el «Día mundial de la paz». Una canción titulada «At the Elbe», compuesta por Fred Small, rememoraba la figura de Joseph Polowsky.

▪

En la Conferencia de Dumbarton Oaks, celebrada en agosto de 1944, finalmente se acabó desbrozando el camino para la creación de la futura organización internacional universal, que se hacía eco de las reclamaciones de las pequeñas potencias y visualizaba las tesis de la Secretaría de Estado estadounidense, pero permitía la articulación de un consejo ejecutivo en cuyo seno habría cuatro miembros permanentes, lo que daba cabida a la idea defendida por Roosevelt de los cuatro policías —Estados Unidos, Reino Unido, Unión Soviética y República de China—. En este sentido una de las cuestiones centrales era el sistema de votación y la preservación de la cultura del veto entre los grandes. El problema de fondo era asegurar la colaboración entre las grandes potencias.

En la recta final de la guerra se sucedieron las tres últimas conferencias aliadas de las que debía emanar el nuevo orden, aunque las tensiones se acrecentaron con la construcción de la paz. En Yalta, en la península de Crimea, se produjo la primera de estas en el palacio de Livadia —antigua residencia de verano de los zares —, entre el 4 y el 11 de febrero de 1945. La reunión se convocó en un contexto militar y político favorable a los soviéticos debido a su extraordinario avance militar, que les había llevado a consolidar su posición en los Balcanes y controlar de forma progresiva Europa oriental y central. A comienzos de 1945, la Unión Soviética tenía bajo su control la mitad oriental de Polonia y sus tropas estaban a 70 kilómetros de Berlín. En la conferencia se afrontó el grueso de la agenda de la futura paz y el nuevo orden en Europa: la cuestión alemana —su división en zonas en las cuales participaría Francia, la desnazificación, el desarme y la celebración de un juicio contra los

criminales de guerra, así como las reparaciones—; el futuro político y territorial de Polonia; la búsqueda de un acuerdo para la situación de Europa central y oriental bajo el control del Ejército Rojo y que se consensuaría formal y políticamente con la Declaración de la Europa Liberada con el fin de evitar la consolidación ideológica del área de influencia soviética; la entrada de la Unión Soviética en guerra contra Japón y el definitivo impulso para la creación de la organización de las Naciones Unidas. Las ventajas logradas por Stalin en Yalta no fueron tanto consecuencia de la debilidad de Roosevelt —así lo denunciaría la historiografía realista estadounidense— como el resultado de la ventaja negociadora lograda por su privilegiada situación militar y geopolítica en Europa central y oriental.

De algún modo, Yalta encumbró el entendimiento entre las grandes potencias aliadas, pero la política de apaciguamiento del presidente Roosevelt no acabó por desactivar las suspicacias en cuanto a la construcción del nuevo orden. La Declaración de la Europa Liberada acabó siendo el epitafio de la visión de Europa de Roosevelt, que falleció el 12 de abril de 1945. Mayores fueron las concesiones realizadas a los soviéticos en el Lejano Oriente a cambio de su entrada en la guerra contra Japón, que se concretaron en el control de Mongolia por parte de la Unión Soviética, la recuperación de las islas Kuriles y los territorios perdidos en la guerra ruso-japonesa de 1905 (Port Arthur y la isla Sajalin).

Entre tanto, en la Casa Blanca, Harry Truman, hasta entonces vicepresidente, sucedió a Roosevelt. El nuevo mandatario encabezó la delegación estadounidense en la Conferencia de San Francisco —el segundo de los encuentros aliados de la recta final de la guerra— que se produjo el 25 de abril de 1945 y en la que se aprobó la Carta de las Naciones Unidas —el acta fundacional de la nueva organización internacional—, que se puso en marcha el 24 de octubre. En torno a la nueva institución se vertebró el nuevo sistema de seguridad colectiva, que bebió de las fuentes de la Sociedad de Naciones. A diferencia de su antecesora, su creación y su texto no quedaban anclados en los tratados de paz y se procuró

un mayor equilibrio entre su dimensión política y la esfera de la cooperación social, económica y cultural, materializada en la existencia de dos consejos: el Consejo de Seguridad —donde cinco grandes potencias tendrían una presencia permanente y derecho a veto— y el Consejo Económico y Social. Sus finalidades, explicitadas en su preámbulo, enraizaban con la tradición de pensamiento wilsoniano: la preservación a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, crear las condiciones bajo las cuales pudiese mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes de derecho internacional y, por último, a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad.

La construcción del orden internacional de posguerra devino, pues, desde el plano formal de la legitimidad moral de la nueva organización internacional, las Naciones Unidas, y desde el plano tácito y político del Directorio conformado por las grandes potencias —Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética—, que, de hecho, ejercía en la diplomacia de conferencias y que en Yalta se había explicitado mediante el establecimiento de un mecanismo permanente de consultas —el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores— y cuyo secretariado permanecía en Londres.

En la Conferencia de Potsdam, a las afueras de Berlín, la última reunión al más alto nivel entre los tres grandes, celebrada entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1945, se abordaron, ya con la guerra próxima a su fin, las múltiples cuestiones pendientes en la agenda para la construcción de la paz y el establecimiento del nuevo orden en Europa. En la foto final de Potsdam tan solo aparecía Stalin entre los tres líderes que habían capitalizado la diplomacia de guerra aliada. Harry Truman sucedió a Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill fue reemplazado en plena conferencia por el laborista Clement Attlee, vencedor de las elecciones. La reunión trascendió en un clima de suspicacias y desconfianza creciente entre los aliados occidentales y la Unión Soviética, ante la polivalente interpretación de los acuerdos de Yalta. En Potsdam se decidió que Austria sería

separada de Alemania y también dividida en zonas de ocupación entre los aliados. En el caso de Polonia se reconocieron las fronteras ya plasmadas en los acuerdos de Yalta, salvo algunas rectificaciones favorables a la Unión Soviética, que se repartió con Polonia la región de Prusia Oriental, y se reconoció el gobierno provisional de unidad nacional, dominado por los comunistas, y la convocatoria de elecciones libres.

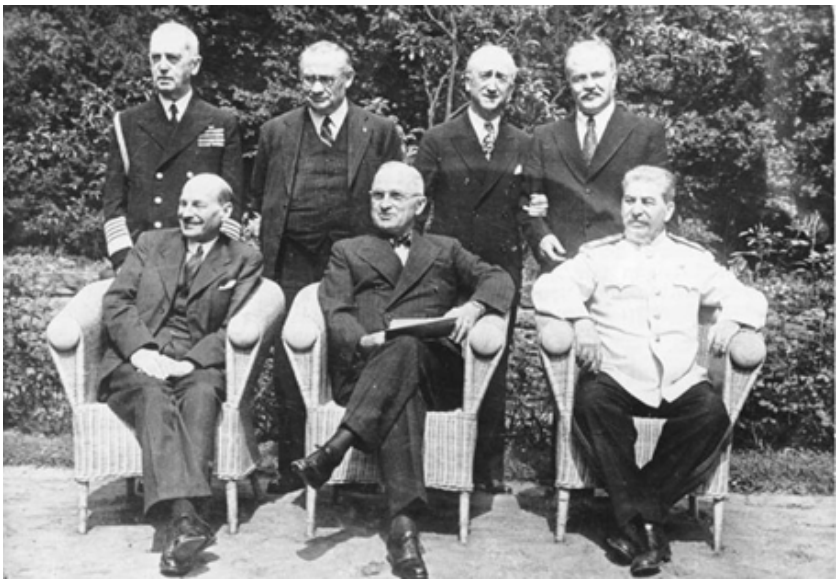


Foto de grupo de los asistentes a la Conferencia de Potsdam. Delante, Attlee, Truman y Stalin. Detrás, Leahy, Bevin, Byrnes y Molotov.

Como hemos visto en el anterior capítulo, en el Pacífico, el final de la guerra se precipitó tras el lanzamiento de una primera bomba atómica el 6 de agosto de 1945 sobre Hiroshima, con la que fallecieron unos 80 000 civiles, y una segunda lanzada sobre Nagasaki el día 8, que superó los 100 000 muertos. El 2 de septiembre de 1945 se firmaba a bordo del Missouri, anclado en la bahía de Tokio, la rendición incondicional de Japón. La guerra

tocaba a su fin y emergía la era atómica.

La hora de los tratados de paz

El Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores, compuesto por representantes de los cinco grandes miembros del Consejo de Seguridad, tuvo entre sus misiones prioritarias la elaboración de los tratados de paz. Su trabajo, que se vería dificultado por el clima de creciente tensión y desconfianza entre los vencedores en la posguerra, condujo a la elaboración de tratados de paz con los países satélites de Alemania —Italia, Rumanía, Bulgaria, Hungría y Finlandia—, que se firmaron el 10 de febrero de 1947. En sus cláusulas se concretaron los cambios territoriales, menores en comparación con los de la Conferencia de París de 1919, que se incorporaron al nuevo mapa de Europa. El acuerdo firmado con Italia supuso la pérdida de Fiume y la península de Istria a favor de Yugoslavia, mientras que Trieste quedó organizado como territorio libre bajo la jurisdicción de las Naciones Unidas hasta la firma del memorándum de Londres de 1954, que cedía la administración de sus dos zonas —A y B— a Italia y a Yugoslavia, respectivamente. Asimismo, las islas del Dodecaneso, conquistadas en 1911, se cedieron a Grecia y se restableció la independencia de Albania. Las colonias italianas —Libia, Eritrea y Somalia— se convirtieron en fideicomisos bajo la administración de las Naciones Unidas, mientras que el territorio de Etiopía recuperó su independencia. Por su lado, Rumanía cedió Bucovina del Norte y Besarabia a la Unión Soviética y el sur de Dobrudja se incorporó a Bulgaria, mientras que recuperó Transilvania, que se había incorporado a Hungría en 1920. Bulgaria, entre tanto, cedió Macedonia a favor de Yugoslavia y Tracia se incorporó a Grecia. A su vez, Hungría volvió a sus fronteras de 1937, lo que supuso el retorno de Eslovaquia a Checoslovaquia y la Rutenia subcarpática a la Unión Soviética. Por último, Finlandia cedió a la Unión Soviética una porción de Carelia y la región de Petsamo.

▪

Proyecto Manhattan

Este es el nombre en clave del proyecto científico desarrollado, durante la guerra, entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá con el fin de generar la primera bomba atómica antes de que lo hicieran los alemanes. En su origen, un grupo de científicos refugiados judíos procedentes de Hungría entraron en contacto con Albert Einstein y le persuadieron para que hiciera llegar una carta al presidente Franklin D. Roosevelt el 2 de agosto de 1939 alertando de los trabajos emprendidos en Alemania para construir una bomba basada en la fisión nuclear. El liderazgo científico del proyecto fue asumido por Julius Robert Oppenheimer y concitó la participación de un nutrido abanico de científicos eminentes, entre ellos Niel Böhr, Enrico Fermi, Ernest Lawrence o Luis Walter Álvarez.

La prueba Trinity, la primera explosión de una bomba nuclear, tuvo lugar en el desierto de Alamogordo, el 16 de julio de 1945 en el marco del Proyecto Manhattan.

El proyecto se desarrolló en diversos centros de investigación, aunque el más importante de todos sería el Distrito de Ingeniería Manhattan, luego denominado Laboratorio Nacional de Los Álamos. El primer ensayo con éxito tuvo lugar en el desierto de Alamogordo, en Nuevo México, el 16 de julio de 1945. Días después se lanzaron

las dos primeras bombas atómicas —bautizadas como Little Boy y Fat Man— en acto de guerra contra las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki los días 6 y 9 de agosto de 1945, respectivamente.

En el Lejano Oriente, la paz se firmó con Japón en el agitado contexto de la Guerra Fría y el episodio de Corea. El Tratado de San Francisco se rubricó el 8 de septiembre de 1951 por cuarenta y ocho estados, entre los que no figuraron ni la Unión Soviética, ni la República Popular de China ni India. Se restablecieron las fronteras históricas de Japón en 1854 y se sancionó la pérdida de las islas Kuriles y el sur de la isla de Sajalin, conquistados por la Unión Soviética en los compases finales de la guerra mundial. Japón renunciaba a sus derechos sobre el sur de la mencionada isla pero no reconocía la soberanía soviética sobre esta.

La paz con Alemania no llegaría a concretarse en ningún tratado y la cuestión alemana se erigió en la primera gran crisis de la Guerra Fría y en uno de sus emblemáticos episodios finales con motivo de la caída del muro de Berlín.

En última instancia, la Segunda Guerra Mundial activó la espoleta para la desaparición del sistema imperialista, que se había consolidado en el siglo xix. El proceso de descolonización, que ya había comenzado a emerger con fuerza en el período de entreguerras y tropezó con la voluntad de los imperios por preservar el statu quo, entró en una fase definitiva al acabar la contienda mundial.

El nuevo orden económico internacional

Si la construcción de la paz en 1919 había ilustrado el desequilibrio entre la preocupación geopolítica en el seno de las delegaciones en la Conferencia de Paz de París y la confianza en la restauración y la normalización del orden económico previo a 1914, la de 1945 confinó cualquier ensayo por diseñar un nuevo orden económico. La construcción del nuevo orden aliado durante la guerra diseñó un nuevo espacio económico, nutrido de la experiencia de la Gran Depresión y de la contienda. Estados Unidos, que capitalizó el nuevo orden geopolítico, se erigió en el cimiento material e intelectual del naciente sistema económico, que se institucionalizó durante la Conferencia de Bretton Woods, celebrada en julio de 1944 y a la que asistieron cuarenta y cinco países. El sistema de Bretton Woods trató de dar solución a los problemas monetarios: por un lado, gravitó sobre la fortaleza del dólar y mediante el sistema de gold-exchange standard (patrón oro); y, por el otro, hizo frente a la reconstrucción física tras la guerra. Para el economista e historiador Gabriel Tortella, en 1944 se trataba de:

[…] poner las bases económicas de lo que se anunciaba como una difícil posguerra. Economistas y políticos coincidían en que los orígenes de la guerra radicaban en la Gran Depresión, que favoreció el ascenso de Hitler al poder en Alemania y que dio alas a los movimientos totalitarios en todo el mundo, desde Japón hasta Argentina, pasando por España. Una de las causas de la depresión fue el derrumbamiento del sistema monetario internacional al quebrar el patrón oro, que había facilitado los pagos internacionales desde mediados del siglo

xix

(…) Lo primero que se trataba de resolver en Bretton Woods, por

tanto, fue el problema de los pagos internacionales, algo que sustituyera al patrón oro y permitiera la expansión comercial que la reconstrucción tras la guerra requería. Por eso allí una de las estrellas fue Keynes, el economista que mejor había entendido los problemas monetarios del período de entreguerras.

De la Conferencia emergieron dos nuevas agencias económicas: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. El primero debía resolver los problemas monetarios internacionales y el segundo contribuir a la reconstrucción material tras la guerra. La mayor novedad intelectual del nuevo sistema económico internacional radicó en la irradiación de la experiencia de Estados Unidos sobre el mundo, y en el peso de la naturaleza de su capitalismo en la economía global. En este sentido, la experiencia intervencionista del New Deal (1933-1938) desbordaría el perímetro de la República para erigirse en el patrón sobre el que ordenar el nuevo sistema internacional, a través de la regulación de los movimientos de capital en la economía internacional mediante entidades públicas intergubernamentales.

Inicio de la Guerra Fría

El deshilachamiento de la paz entre 1945 y 1947 y el inicio de la Guerra Fría ilustraban el final del eurocentrismo y la bipolarización entre dos superpotencias —Estados Unidos y Unión Soviética— de las opciones en el modo de entender y proyectar la modernidad. El capitalismo y socialismo remitirían en última instancia no solo a dos modelos ideológicos sino a dos aproximaciones a la modernidad occidental, a la razón científica en última instancia, desde la configuración de la noción de civilización.

La hegemonía de Estados Unidos dio lugar a una resemantización de la modernidad. Tras la Segunda Guerra Mundial serían el «Desarrollo» y la «Modernización» los que tomaron el relevo, relegando la misión civilizadora a un lugar secundario. Un patrón de modernidad que asumiría los valores y prácticas de la república: la democracia y el capitalismo. A lo largo del siglo xx, el «Destino manifiesto», bajo cuya consigna se legitimó la providencial misión estadounidense de la conquista continental, se rescribiría al compás de los cambios de la política exterior estadounidense, primero al convertirse en una potencia mundial en el tránsito del siglo xix al xx y, más adelante, al erigirse en una superpotencia tras el ciclo de guerras mundiales y al concebirse a sí misma como faro de la democracia en el mundo.

El modelo de modernización soviético se cimentó a partir del proyecto utópico de cambio social del marxismo y la instrumentación política que de él hizo la Rusia bolchevique y luego la Unión Soviética una vez iniciada la revolución como alternativa al capitalismo. Un proyecto emancipador fundamentado en los principios y los valores de la modernidad, de la razón ilustrada, pero que se postulaba de forma crítica y revolucionaria frente a los mitos del liberalismo respecto a las bondades y el equilibrio natural

del capitalismo liberal. El proyecto marxista-leninista parecía proponer un atajo hacia la modernidad.

Entre ambos colosos, un espacio en ruinas, Europa, un testimonio casi fosilizado de la civilización del viejo mundo. El retorno a la luz pública de la reputada revista historiográfica Annales a principios de 1946, ahora bajo la dirección de Lucien Febvre y la denominación Annales. Économies. Sociétés. Civilisations, se hacía con el ánimo de adaptarse a los cambios que se habían producido en la realidad social. En el Manifeste des Annales nouvelles se ensalzaban los valores de la Civilización: «Une civilisation peut mourir. La Civilisation ne meurt pas» ('Una civilización puede morir. La Civilización nunca muere').

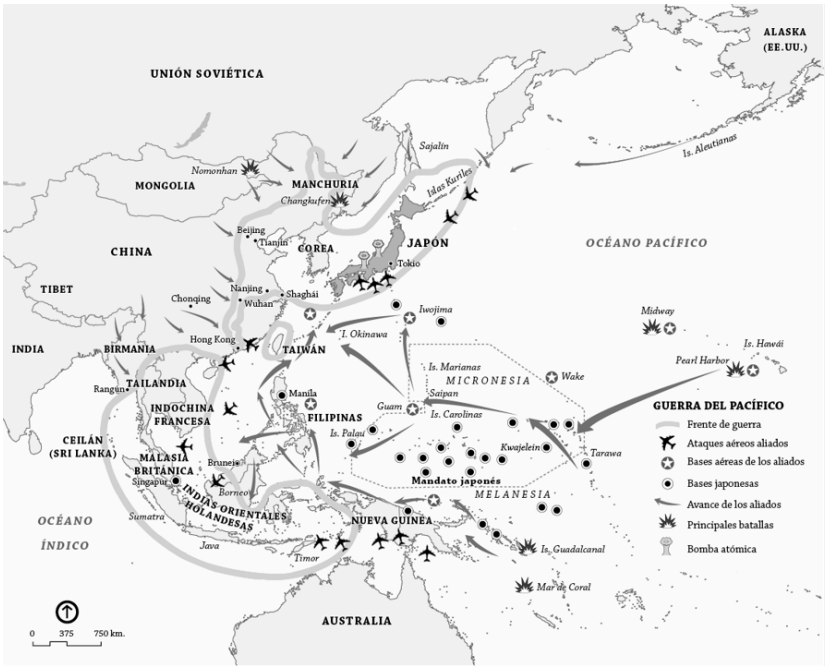
Le charnier (1944-1945)

A comienzos de 1946, Picasso presentaba en la muestra «Art et Résistance» una obra de grandes dimensiones bajo el título de Le charnier ('El osario'), que muestra un interior con un bodegón en la parte superior izquierda y una cortina ondulante. En la parte inferior se adivinan los miembros de los cadáveres de una familia —un niño y sus padres—, que conforman una imagen piramidal en cuyo cénit aparecen amordazadas unas manos. Esos cadáveres yacentes en una habitación vacía y estrecha apilados sin ningún tipo de orden recuerdan a las imágenes de los cadáveres amontonados de los fotógrafos del ejército estadounidense tras la liberación de los campos de exterminio. Bien distinta del informalismo que emergía en aquel mismo momento, Le charnier engarza con el lenguaje estético y simbólico del Guernica.

La guerra mundial, afirma el historiador Juan Pablo Fusi, dejó «un legado moral confuso, contradictorio, problemático». La respuesta filosófica francesa desde el existencialismo en el pensamiento y la obra de Jean Paul Sartre, Albert Camus, Simone de Beauvoir o Merleau-Ponty proyectó una «visión negativa de la condición humana que enfatizaba la inutilidad y el absurdo de la existencia» y fue «inmediatamente entendida como la expresión del pesimismo de la conciencia europea». En Francia brotaron las primeras muestras del arte informalista como materialización de la cultura de las ruinas y expresión de la forma de lo informe. Tanto en los escritores franceses como en los italianos —Cesare Pavese, Ignazio Silone o Elio Vittorini— y los alemanes —Günter Grass o Heinrich Böll— de la llamada «literatura de las ruinas» de la posguerra, el legado de la contienda y de la resistencia fue «la idea del compromiso moral y político con la izquierda». Si los dilemas morales del existencialismo y los problemas del compromiso político y del comunismo fueron una preocupación dominante en la cultura francesa e italiana de posguerra, en el caso británico su literatura de posguerra fue intensamente moral pero «raramente política o politizada», como se constata en las obras de Evelyn Waugh, Malcolm Lowry o Graham Greene. Un tiempo, por último, en el que al menos en Europa, al socaire de lo ocurrido desde 1914, el nacionalismo parecía una fuerza en declive. Así lo expresaba el diplomático e historiador Edward H. Carr en un breve libro publicado en 1945 bajo el título Nationalism and after y desde cuya textura comenzaría a abrirse paso la idea y la puesta en escena de la construcción de una Europa unida, que tendría que convivir con los dos colosos protagonistas de la Guerra Fría que se estaba incubando.

Apéndices

NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
Helsinki
Leningrado
Estocolmo
Tallin
ESTONIA
UNIÓN SOVIÉTICA
Gotland
Mar Báltico
Riga
LETONIA
Noviembre 1942
Moscú
Edimburgo
Mar del Norte
DINAMARCA
Copenhague
LITUANIA
Vilna
Minsk
Dublín
IRLANDA
GRAN BRETAÑA
Amsterdam
PAÍSES BAJOS
Hamburgo
Berlín
Danzig
Enero 1945
Londres
Bruselas
BÉLGICA
Marzo 1945
ALEMANIA
Varsovia
POLONIA
Kiev
Stalingrado
Praga
Normandía 6 junio 1944
París
Munich
Viena
AUSTRIA
Budapest
HUNGRIA
Octubre 1943
Chisinau
Odessa
OCÉANO ATLÁNTICO
FRANCIA
SUIZA
Berna
Ljubljana
Zagreb
RUMANIA
Belgrado
Bucarest
Sebastopol
Septiembre 1944
YUGOSLAVIA
Mar Adriático
Mar Negro
ITALIA
BULGARIA
Sofía
Córcega
Roma
Diciembre 1943
Tirana
ALBANIA
Estambul
PORTUGAL
Madrid
ESPAÑA
Islas Baleares
Cerdeña
Mar Tirreno
GRECIA
TURQUÍA
Lisboa
Ejército inglés 8 nov. 1942
Mar Jónico
Atenas
Ejército americano 8 nov. 1942
Gibraltar (G.B.)
MARRUECOS (ESP.)
Argel
Orán
ARGELIA
Túnez
Sicilia
Mar Egeo
Rodas
Noviembre 1942
Malta (G.B.)
Nicosia
SIRIA
Chipre (G.B.)
LÍBANO
Damasco
IRAK
TÚNEZ
Mar Mediterráneo
Tripoli
PALESTINA
Jerusalén
TRANSJORDANIA
El Alamein
Alejandría
El Cairo
LIBIA
EGIPTO
0 175 350 km.
LAS OFENSIVAS ALIADAS EN EUROPA
Territorios controlados por el Eje
Territorios controlados por la URSS (nov. de 1942)
Territorios controlados por los occidentales (Gran Bretaña, EE.UU., nov. de 1942)
Países neutrales
Ofensivas soviéticas
Ofensivas occidentales
Frentes de batalla
Principales batallas


ALASKA (EE.UU.)
UNIÓN SOVIÉTICA
Sajalin
Is. Aleutianas
Nomonhan
MONGOLIA
MANCHURIA
Changkufeng
Islas Kuriles
Beijing
Tianjin
COREA
JAPÓN
OCÉANO PACÍFICO
CHINA
Tokio
TIBET
Nanjing
Shaghái
Chongqing
Wuhan
Iwojima
Midway
I. Okinawa
INDIA
BIRMANIA
Hong Kong
TAIWAN
Is. Hawái
Pearl Harbor
Is. Marianas
MICRONESIA
Wake
TAILANDIA
Rangun
Manila
Saipan
INDOCHINA FRANCESA
FILIPINAS
Guam
Is. Carolinas
GUERRA DEL PACÍFICO
Frente de guerra
Ataques aéreos aliados
Bases aéreas de los aliados
Bases japonesas
Avance de los aliados
Principales batallas
Bomba atómica
Is. Palau
CEILÁN (SRI LANKA)
Kwajelein
Tarawa
MALASIA BRITÁNICA
Brunei
Singapur
Mandato japonés
MELANESIA
Borneo
INDIAS ORIENTALES HOLANDESAS
Sumatra
NUEVA GUINEA
OCÉANO ÍNDICO
Java
Is. Guadalcanal
Timor
Mar de Coral
AUSTRALIA
0
375
750 km.

Conceptos clave

Personaje

Batalla

Concepto

Africa Korps

Fuerza expedicionaria alemana desplazada a África durante la Segunda Guerra Mundial. Estuvo activa desde comienzos de 1941, cuando arribó a territorio libio para socorrer a las tropas italianas, hasta la derrota del Eje en Túnez en mayo de 1943. Obtuvo sus mayores victorias durante el período en el que fue dirigida por el mariscal Erwin Rommel.

Batalla de las Ardenas

Iniciada el 16 de diciembre de 1944 en la boscosa zona de las Ardenas, Francia, fue la última gran ofensiva de las tropas alemanas. Se prolongó durante prácticamente siete semanas y estuvo marcada por las duras condiciones climáticas y orográficas en las que se desarrolló. Los aliados fueron capaces de frenar el avance y contraatacar, pero a costa de sufrir un alto número de bajas: durante las operaciones fallecieron unos 19 000 soldados estadounidenses.

Apaciguamiento

Política que caracterizaría el comportamiento internacional de Gran Bretaña durante el período de entreguerras, aunque cuenta con antecedentes a tenor de la crisis de su espléndido aislamiento a

finales del siglo xix, y que pretendía amortiguar la insatisfacción de las potencias revisionistas, especialmente Alemania e Italia, con el fin de salvaguardar la paz general en Europa.

Conferencia de Bretton Woods

Conferencia realizada entre el 1 y el 22 de julio de 1944 en el Hotel Mount Washington en Bretton Woods, New Hampshire (Estados Unidos), en la que se reunirían 44 delegados de las naciones aliadas para consensuar las nuevas reglas del sistema financiero y monetario internacional, y en la que se crearon el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Conferencia de Potsdam

La última de las conferencias interaliadas tuvo lugar a las afueras de Berlín entre los días 17 de julio y 2 de agosto de 1945. En su decurso solo Stalin permanecería entre los viejos líderes de las grandes potencias, pues Harry Truman había sucedido en la presidencia a Franklin D. Roosevelt tras su muerte y Winston Churchill sería reemplazado tras las elecciones por el nuevo primer ministro Clement Atlee. Allí se abordaron, en la fase final del conflicto, las cuestiones pendientes en la agenda de la paz, especialmente en Europa.

Conferencia de San Francisco

Esta conferencia, que daría lugar a la creación de la Organización

de Naciones Unidas, reunió a representantes de 50 Estados entre los días 25 de abril y 26 de junio de 1945. Allí se examinaron y se dio la versión definitiva a las conclusiones alcanzadas en la Conferencia de Dumbarton Oaks de agosto de 1944. De allí emanó la Carta de San Francisco como acta fundacional de la nueva organización internacional.

Conferencia de Yalta

Conferencia celebrada en el palacio de Livodia, en la península de Crimea, entre los días 4 y 11 de febrero de 1945, en la que los líderes de las tres grandes potencias aliadas —Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill y Josef Stalin— afrontaron el grueso de la agenda para la construcción de la paz, en particular la cuestión alemana, el futuro de Polonia, la situación de Europa central y oriental y el impulso final para la creación de las Naciones Unidas.

Desnazificación

Acto de voluntad política definido en el contexto de las conferencias interaliadas para hacer frente al problema de Alemania en la posguerra y destinado a disolver la textura sociológica e ideológica del totalitarismo nacionalsocialista y asentar las bases para la construcción de una sociedad democrática en Alemania. Su aplicación en la posguerra se vería interferida e interrumpida como consecuencia de la Guerra Fría.

La «Drôle de guerre» o «Phoney War»

Franceses y británicos acuñaron esta expresión para referirse a los primeros compases de la guerra en los que la inactividad en el frente occidental fue la tónica general tras la invasión alemana de Polonia. Esa sensación de guerra ilusoria se quebró violentamente en mayo de 1940, cuando los nazis se precipitaron sobre los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo.

Campaña de Guadalcanal

Aunque toma el nombre de la mayor de las islas Salomón, los combates entre estadounidenses y japoneses se desarrollaron también en el resto de las islas importantes del archipiélago. El 7 de agosto de 1942, tropas estadounidenses lograron desembarcar en la zona, dominando un aeródromo que estaba aún en construcción por parte nipona. A partir de ese momento fueron constantes los combates aéreos, que se combinaron con enfrentamientos navales y choques terrestres. A comienzos de febrero de 1943, el ejército japonés evacuó sus últimos efectivos, lo que marcó un nuevo escenario en el Pacífico favorable a los aliados.

Little Boy

Así fue bautizada la bomba lanzada el 6 de agosto de 1945 sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. Se calcula que pudo matar de forma inmediata a unas 65 000 personas y herir de gravedad a otras tantas. Little Boy fue transportada en el Enola Gay, un bombardero B-29 pilotado por el coronel Paul W. Tibbets, Jr.

Douglas MacArthur (1880-1964)

Nacido en Little Rock —Arkansas—, se graduó en West Point en 1903. Tras sus primeros destinos en Tokio y México, destacó como oficial en Francia durante la guerra del Catorce. En 1930 alcanzó el grado de general y en 1935 sería jefe del Estado Mayor. Fue destinado a Filipinas, donde permaneció hasta 1941, con la misión de organizar la defensa del archipiélago. En 1942 fue nombrado comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas en el Pacífico suroccidental. La campaña del Pacífico, bajo su mando, terminó el 2 de septiembre de 1945 con la rendición japonesa a bordo del Missouri.

Revisionismo

Actitud crítica que, habitualmente, implica el desafío al statu quo. Las actitudes de ciertas potencias vencidas tras la guerra del Catorce como Alemania, o vencedoras que no vieron satisfechas sus aspiraciones con la paz —como Italia o Japón— desarrollaron políticas exteriores orientadas al desmantelamiento gradual del sistema internacional surgido en 1919.

Erwin Rommel (1891-1944)

Nació en Heidenheim y se alistó en el ejército en 1910. Héroe de la guerra del Catorce, su ascenso al generalato no llegó hasta 1940. Estuvo al mando de la división Panzer en el veloz avance del ejército alemán a través de las Ardenas hacia el Canal de la Mancha. En 1941 se le confió el mando del Africa Korps. En 1944 se le asignó el mando de la defensa de la costa a lo largo del Canal de

la Mancha. A su regreso a Alemania, tras ser herido en la campaña de Normandía, participó en el complot de julio contra Hitler, tras cuyo fracaso y detención optó por el suicidio.

Seguridad colectiva

La seguridad colectiva es el resultado de la necesidad primaria sentida por un conjunto de estados, que comparten un sistema de valores e intereses comunes, y cuya supervivencia remite a una solidaridad colectiva y abstracta para hacer frente común a una agresión contra uno de sus miembros mediante el arbitraje o llegado el caso mediante la puesta en escena de medidas punitivas.

Shoá

Término hebreo que literalmente significa catástrofe y que se utiliza como sinónimo de holocausto. Es empleado para referirse a la persecución y exterminio sistemático de determinados colectivos por parte del nazismo. Aunque no todas las víctimas del holocausto eran judíos, este colectivo fue el más afectado y se calcula que se eliminaron hasta seis millones como resultado de la denominada «solución final».

Batalla de Stalingrado

Considerada por los rusos como la victoria más heroica de la «gran guerra patria», marcó un claro punto de inflexión en el frente del este. La ofensiva nazi en los alrededores de Stalingrado,

actualmente conocida como Volgograd, comenzó en julio de 1942, pero el verdadero arranque fue el intenso bombardeo que sufrió la plaza el 23 de agosto de 1942. Los feroces combates por el control de la ciudad se prolongaron hasta el 2 de febrero de 1943, en los que resultaron muertas o heridas al menos un millón y medio de personas.

T-34

Se trata de un modelo de carro de combate desarrollado por los soviéticos desde 1940. Destacaba por su blindaje combinado con una capacidad de fuego muy aceptable para un tanque de estas características. De hecho, se considera que este modelo, con sus sucesivas mejoras, fue uno de los tanques más decisivos del conflicto.

Ultra

Con este nombre en clave se designaron las iniciativas de la inteligencia británica para interceptar y descifrar los mensajes en código de las comunicaciones alemanas. El centro operacional de la denominada escuela gubernamental de codificación y cifrado se ubicó en Bletchley Park, donde criptógrafos o matemáticos como Alan Turing pusieron sus mentes al servicio de los aliados. El equivalente estadounidense de la decodificación de las comunicaciones japonesas fue conocido como Magic.

Wehrmacht

Término alemán que puede traducirse como ‘fuerza de defensa’ y que se utilizó entre 1935 y 1945 para denominar a las Fuerzas Armadas germanas. Estaba compuesta por la infantería (Heer), la marina (Kriegsmarine) y la fuerza aérea (Luftwaffe).

Georgi Konstantinovich Zhukov (1896-1977)

Nació en Strelkova, en las cercanías de Moscú. Se enroló en el Ejército Rojo en 1918 y se afilió poco después al Partido Bolchevique. Fue el responsable de las operaciones más relevantes del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial: la defensa de Moscú, la planificación de la batalla de Stalingrado o la ofensiva que llevaría a la conquista de Berlín en abril de 1945.

CRONOLOGÍA

Fuerzas del Eje

1939

23 de agosto. Se firma el Pacto Ribbentrop-Molotov de no agresión germano-soviético.

1 de septiembre. Alemania invade Polonia.

3 de septiembre 1939-7 de mayo 1945. Batalla del Atlántico. Se inicia una igualada contienda entre las fuerzas navales de ambos bandos que durará todo el conflicto.

27 de septiembre. Los alemanes controlan definitivamente Varsovia.

30 de noviembre. La Unión Soviética ataca Finlandia.

1940

9 de abril. Operación Weserubung. Alemania invade Dinamarca y Noruega.

10 de junio. Italia declara la guerra a Francia y Gran Bretaña.

22 de junio. Alemanes y franceses firman el armisticio.

7 de septiembre. La luftwaffe castiga duramente a Londres con sus bombardeos iniciando el Blitz.

27 de septiembre. Alemania, Italia y Japón firman el Pacto tripartito. Nace el Eje.

Presionada por Alemania, Hungría se suma en su bando.

28 de octubre. Campaña italiana para invadir Grecia.

1941

14 de febrero. Rommel y el Afrika Korps inician su avance desde Trípoli.

11 de marzo. Tras haber sido tramitada en enero, entra en vigor la Ley de préstamo y arriendo.

6 de abril. Alemania invade de forma simultánea Grecia y Yugoslavia.

13 de abril. La Unión Soviética y Japón firman un acuerdo de neutralidad.

22 de junio. Se desencadena la Operación Barbarroja comenzando la invasión alemana de la Unión Soviética.

2 de octubre. La Wehrmacht inicia una fuerte ofensiva sobre Moscú en el marco de la Operación Tifón.

7 de diciembre. Ataque japonés a Pearl Harbor.

1942

20 de enero. Conferencia de Wannsee, por la que se acuerda la deportación y el exterminio de millones de judíos.

3 de julio. Los alemanes se hacen con el control de Sebastopol.

23 de octubre. Se inicia la definitiva batalla de El Alamein.

10 de noviembre. Tropas alemanas invaden la Francia de Vichy como reacción a Torch.

1943

2 de febrero. Finaliza la batalla de Stalingrado con la rendición del 6º Ejército alemán.

13 de mayo. Las tropas del Eje se rinden en Túnez y finaliza la campaña del norte de África.

5 de julio. Se inicia la ofensiva alemana en Kursk conocida como Operación Ciudadela.

10 de noviembre. Operación Anton. Los alemanes invaden la Francia de Vichy y pasan a controlar directamente la zona.

1944

27 de enero. Fin del asedio alemán a Leningrado.

20 de julio. Hitler sobrevive a un atentado organizado por varios oficiales de la wehrmacht.

16 de diciembre. Comienza la Batalla de las Ardenas.

1945

16 de abril. Las tropas soviéticas inician la ofensiva final contra Berlín.

30 de abril. Adolf Hitler se suicida junto con su esposa, Eva Braun.

15 de agosto. El emperador Hirohito comunica a sus súbditos la rendición de Japón.

■

Aliados

■

1939

3 de septiembre. Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Francia, Sudáfrica y Canadá declaran la guerra a Alemania.

5 de septiembre. Estados Unidos declara su neutralidad en el conflicto.

10 de septiembre. Canadá le declara la guerra a Alemania.

1940

12 de marzo. Firma del Tratado de Moscú. Paz entre la Unión Soviética y Finlandia.

10 de mayo. El premier británico, Neville Chamberlain, dimite y es sustituido por Winston Churchill.

7 de diciembre. Operación Compass. Los británicos inician la guerra en el norte de África contra los italianos.

1941

25 de febrero. Los británicos capturan Mogadishu (Somalia italiana).

28 de mayo. Las tropas británicas se ven obligadas a evacuar Creta.

8 de diciembre. Tras el ataque japonés sobre Pearl Harbor, Estados Unidos entra en la guerra en el bando de los aliados (le seguirán China y algunos países de América del Sur).

1942

18 de abril. Primera operación aérea estadounidense sobre territorio japonés.

4 de junio. Comienza la batalla de Midway, esencial para el curso del conflicto en el Pacífico.

7 de agosto. Se inician los desembarcos estadounidenses en Guadalcanal.

8 de noviembre. Comienza la Operación Torch. Desembarco de tropas aliadas en Marruecos y Argelia.

1943

14 de enero. Comienza la Conferencia de Casablanca.

12 de mayo. Los aliados liberan el norte de África.

9-10 de julio. Operación Husky. Los aliados conquistan la isla de Sicilia, base importante para penetrar en la península Itálica.

28 de noviembre. Stalin, Churchill y Roosevelt se reúnen en la

Conferencia de Teherán.

1944

6 de junio. El día D. Masivo desembarco aliado en las playas de Normandía, Francia.

15 de junio. Invasión norteamericana de Saipán.

25 de agosto. Liberación de París.

1945

26 de enero. Las tropas soviéticas liberan el campo de concentración de Auschwitz.

4 de febrero. Comienza la Conferencia de Yalta.

16 de abril. Las tropas soviéticas inician la ofensiva final contra Berlín.

8 de mayo. Se proclama el día de la victoria en Europa.

26 de junio. Se firma la Carta de las Naciones Unidas.

17 de julio. Comienza la Conferencia de Potsdam.

6 de agosto. Estados Unidos lanza una bomba atómica sobre Hiroshima.

9 de agosto. Estados Unidos lanza una bomba atómica sobre Nagasaki.

Sobre los autores

José Luis Neila

Es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid (1994) y profesor titular en el Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid (1994-2008). Catedrático acreditado por la ANECA desde enero de 2013 en el citado Departamento, su actividad académica se ha desarrollado en torno a diversas líneas de investigación: historia de las relaciones internacionales del siglo xx, historia de la política exterior de España en esa misma centuria, el Mediterráneo y las relaciones internacionales a lo largo del siglo xx, la política exterior de Estados Unidos y la imagen internacional de España.

Misael Arturo López

Es doctor en Historia por la Universidad de Huelva y profesor ayudante en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha realizado estancias de investigación en SUNY New Paltz, UMASS at Amherst, University of Leeds, Universidad de Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, UC Davis y George Washington University. Su actividad investigadora incluye la publicación de diferentes libros y artículos sobre las relaciones políticas y económicas entre España y Estados Unidos en el siglo xx, así como el estudio de temas relacionados con la prensa norteamericana y con la propaganda durante la dictadura franquista.